



JESUS
+
CÁRITAS

**REVELAR EL GENUINO
ROSTRO DE DIOS**

**“A vino nuevo, odres nuevos”
(Mc 2, 22)**

Octubre - Diciembre de 2013

ORACIÓN DE ABANDONO

Padre mío,
me abandono a Tí.

Haz de mí lo que quieras.

Lo que hagas de mí
te lo agradezco,
estoy dispuesto a todo,
lo acepto todo.

Con tal que tu voluntad
se haga en mí
y en todas Tus criaturas,
no deseo nada más, Dios mío.

Pongo mi vida en Tus manos.
Te la doy, Dios mío,
con todo el amor de mi corazón,
porque te amo,
y porque para mí
amarte es darme,
entregarme en Tus manos
sin medida,
con infinita confianza,
porque Tú eres mi Padre.

DIRECCIÓN

Manuel Pozo Oller

Parroquia Ntra. Sra. de Montserrat
C/ Juan Pablo II, 1 04006 – Almería
vicariopastoral@diocesisalmeria.es

SECRETARIA DE DIRECCIÓN

María del Carmen Picón Salvador
C/ Lopán 47, 4º, H. 04008 – Almería
maikapicon@gmail.com

ADMINISTRACIÓN Y SUSCRIPCIONES

Comunitat de Jesús. C/ Joan Blanques, 10 08012 – Barcelona o, si lo
prefiere, a través del c.e: secretaria@comunitatdejesus.net;
Josep Valls: jvalls@tinet.cat

REDACCIÓN

André Berger: andrebeni@gmail.com
Vicent Comes Iglesia: vicoig@yahoo.es
Hta. Josefa Falgueras: germanetes3@hotmail.com
Antonio Marco Pérez: amarco929@gmail.com

COLABORADORES

Gabriel Leal Salazar, Ana M^a Ramos Campos,
Antonio Rodríguez Carmona, Josep Vidal Taléns

IMPRIME

Imprenta Úbeda, S.L. Industria Gráfica
La Rueda, 18. Polígono Industrial san Rafael
04230 – Huércal de Almería (Almería) - Tfº. 950.141 515
E-mail: administracion@imprentaubeda.com
DEPÓSITO LEGAL: AL 4-2010

COLABORACIÓN ECONÓMICA PARA ESPAÑA

Por un año. Ordinaria: 16 €. Especial: 20 €

Por un número suelto: 3,5 €. Por un número doble: 5 €

COLABORACIÓN ECONÓMICA PARA OTROS PAÍSES

Por un año: 25 €

NOTA PARA RECIBIR EL BOLETÍN

Deseo recibir el **BOLETÍN "IESUS CARITAS"** de la Asociación C. Familias Carlos de Foucauld, desde el año _____

Modo de enviar mi colaboración económica

Transferencia bancaria a «Asociación Familia Carlos de Foucauld en España. Boletín "Iesus Caritas"», entidad bancaria La Caixa, cuenta 2100 3012 80 2200462278, Oficina 3012, Plaza Rovira C/ Rabassa, 21 08024 Barcelona.

DOMICILIACIÓN DE APORTACIONES

[Comunitat de Jesús. Administración Boletín C/ Joan Blanques, 10 08012 – Barcelona]

DATOS PERSONALES

Nombre y Apellidos
Dirección N° ... Piso ... Puerta ...
Código Postal Población Provincia

DATOS DE LA CUENTA

Nombre de la Entidad Bancaria.....
Sucursal y domicilio, calle N°
Código Postal Población Provincia
Número Cta (20 cifras) —————
Titular de la Cuenta

Autorizo a la administración de la "Asociación Familia Carlos de Foucauld en España" para domiciliar mi aportación anual al Boletín Iesus Caritas de acuerdo con los datos que figuran arriba.

Fecha:

Firma:

Transferencia bancaria a "Asociación Familia Carlos de Foucauld en España. Boletín "Iesus Caritas", entidad bancaria La Caixa, cuenta IBAN ES53 2100 3012 8022 0046 2278 BIC (Código Internacional de Identificación Bancaria en el sistema SWIFT): CAIXESBBXXX --- Divisa: Euros.

Editorial

EL CONCILIO VATICANO II A 50 AÑOS VISTA

Muchas cosas han cambiado en cinco décadas de apasionantes búsquedas en todos los campos del discurrir humano pero todavía siguen siendo actuales las preguntas que Juan XXIII hacía en la convocatoria del Concilio sobre la identidad y la misión de la Iglesia: “Iglesia, tú quién eres? Iglesia, ¿cuál es tu misión?” La Iglesia, ayer, hoy y siempre, siente la urgencia de servir a la humanidad y ofrece su mejor tesoro que es Jesucristo. El “aggiornamento”, la puesta al día para anunciar a Jesucristo en las entrañas del mundo, se convierte en todo un plan de trabajo para toda la Iglesia que exige creatividad al tiempo que escucha y docilidad a las mociones del Espíritu Santo.

Entendemos que la línea transversal del Concilio no es otra que la preocupación por el anuncio de Jesucristo a todas las gentes. Podríamos definir la evangelización como el proceso total mediante el cual la Iglesia, pueblo de Dios, movida por el Espíritu, anuncia al mundo el Evangelio del reino de Dios; testimonia entre los hombres la nueva manera de ser y de vivir que tal Evangelio inaugura; educa en la fe a los que se convierten a Cristo; celebra en la comunidad de los que creen en él, mediante los sacramentos, la presencia del Señor Jesús y el don del Espíritu; e impregna y transforma con su fuerza todo el orden temporal¹. La evangelización tiene, pues, un destinatario que es el hombre concreto inserto en una cultura que le configura y le distingue.

El decreto conciliar “*Ad gentes*”, nos resume el dinamismo de este proceso evangelizador en tres etapas básicas. La primera etapa consiste en la acción misionera con los no creyentes y los alejados de la fe, los que viven en la increencia o en la indiferencia religiosa, a fin de suscitar en ellos una inicial conversión de fe y de vida. En un sentido amplio, “acción misionera es todo lo que la

¹ Esta definición, más o menos matizada, la hicieron suya el Congreso nacional de Evangelización, (septiembre, 1985): *Evangelización y hombre nuevo*, Madrid 1986, 31 y el Congreso sobre la *Parroquia evangelizadora* (noviembre, 1988), Madrid 1989, 68.

Iglesia vive testimonialmente, anuncia explícitamente, y hace por el mundo (bajo forma de colaboración, denuncia, transformación,...), para establecer el reino de Dios y para que las personas comiencen a interesarse por Jesucristo y su Evangelio”².

La segunda etapa consiste en la acción catequética con los que han optado por Cristo y su Evangelio, a fin de conducirlos a la madurez de una fe adulta. El bautismo es punto central de referencia y de renovación constante.

Por último, la tercera etapa, se centra en la acción pastoral con los fieles de la comunidad cristiana ya iniciados en la fe. Esta acción pastoral se centra básicamente en el servicio de la palabra, la celebración litúrgica de los sacramentos y la acción caritativa y social³.

Juan Pablo II en la encíclica “*Redemptoris missio*” completa y actualiza la situación descrita en “*Ad gentes*” distinguiendo tres situaciones de evangelización: La misión a los no cristianos, todavía, misión “*ad gentes*”: pueblos, grupos humanos y contextos socio-culturales donde Cristo y su Evangelio no son conocidos. La actividad o atención pastoral de la Iglesia a los fieles de las comunidades cristianas ya establecidas. Y, la nueva evangelización o re-evangelización de los países de antigua cristiandad, donde grupos enteros de bautizados han perdido la fe o viven alejados de la práctica de la misma⁴.

Nuestro BOLETÍN, con la modestia de nuestras reflexiones y contando con un espacio reducido, quiere aportar a la celebración del cincuentenario del inicio del Concilio algunos aspectos que tocan directamente a nuestra espiritualidad foucaldiana dedicando dos números al aniversario jubilar.

MANUEL POZO OLLER,
Director

2. CA 40,3.

3. Hoy los autores gustan más de una división cuatripartita. Así, por ejemplo, A. ALBERICH: diakonía, koinonía, kerigma y liturgia; D. BOROBIO: palabra apostólica, comunión fraternal, fracción del pan y oraciones; según A. CHARRON: profética, cultural, hodegética y socio-cultural; y C. FLORISTÁN: profética, comunitaria, litúrgica y social.

4. RMI 33s.

Desde la Palabra



«Frutos del Concilio: Son mucho más que tres:

1) La “*Dei Verbum*”. El cristiano pudo leer la Biblia en su lengua. La liturgia se hizo reunión y celebración de seres humanos, (...) La aceptación de los géneros literarios fue muy importante. Ayudó a comprender los textos bíblicos en su propio contexto histórico de entonces, y a leerlos en la historia nuestra de hoy. Dejaron de ser textos meramente devocionales u ornamentales.

2) El Pueblo de Dios. Leído con mirada limpia dice que Dios nos tiene como pueblo, que nosotros tenemos a Él como origen, guía y protector nuestro, y que caminamos en la historia sin detenernos en el camino ni sublimar realidades eclesiales (...)

3) La sacramentalidad. “La iglesia es en Cristo como un sacramento o señal o instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano”. Pero a la inversa, “por causa de la iglesia puede crecer el ateísmo”, dice el Concilio.»

JON SOBRINO, *Tres preguntas sobre un Concilio clave*, El Ciervo n. 737 sept-oct 2012 p. 15.

A VINO NUEVO, ODRES NUEVOS

Las costumbres tienen su cara positiva y negativa, positiva porque facilitan la realización de una acción y su transmisión, negativa porque existe el peligro de que se transmita solo la materialidad del acto, perdiéndose el espíritu y la motivación que lo originó. En este caso la costumbre deviene algo negativo, que convierte a la persona en esclava y autómatas, sin saber qué hace. Cuenta Marcos (Mc 2,18-22) que criticaban a Jesús porque no iniciaba a sus discípulos en el ayuno, igual que lo hacían los discípulos de Juan Bautista y los maestros fariseos con los suyos. Para estos maestros la vida religiosa consiste en realizar una serie de prácticas religiosas y por ello van iniciando a sus discípulos en ellas. Jesús no sigue este camino. Para él lo primero es que sus discípulos descubran la paternidad de Dios que quiere reinar en ellos y en toda la humanidad y lo demás vendrá por añadidura. Esto es lo fundamental que tienen que aprender. Naturalmente, en la medida en que se va comprendiendo y viviendo este espíritu, tiene que manifestarse externamente en prácticas concretas, que son expresión de este espíritu. No es necesario que la práctica sea de nueva creación, lo importante es que se asuma desde el espíritu nuevo. En el caso concreto de la oración, se trataba de una práctica muy conocida por el pueblo judío, pero Jesús le imprime un espíritu nuevo, que nos lo enseña en la fórmula del Padrenuestro, todo él en torno a la paternidad de Dios y del Reino. Igual sucedía con el ayuno, una práctica conocida en Israel y fuera de él. Los discípulos de Juan y de los fariseos lo practicaban pidiendo que venga el mesías, para Jesús ya ha venido en su persona y por ello el tiempo presente es tiempo de alegría, tiempo de las bodas de Dios con la humanidad. Más adelante, será arrebatado el Esposo y entonces ayunarán sus discípulos, pero con un espíritu nuevo, como expresión de su arrepentimiento por no comportarse como hijos de Dios, viviendo las exigencias del Reino, y como forma de oración

corporal, que asocia el hambre a su petición al Padre por el perdón y por las exigencias del Reino. Así ayuna la iglesia primitiva. Por ello a «vino nuevo, odres nuevos». Para Jesús el ayuno es expresión corporal de una persona que ama entrañablemente a Dios y expresa corporalmente su arrepentimiento por sus faltas de correspondencia a él y a los hermanos.

San Marcos transmite este recuerdo sobre el ayuno a propósito de la oposición del mundo de los fariseos a Jesús, que narra en 2,1 a 3,6, donde en diversos relatos va exponiendo los motivos por los que los fariseos de todos los tiempos rechazan a Jesús. Y habla de dogmatismo, puritanismo, prácticas rutinarias y legalismo, motivos que están interrelacionados entre sí. En el caso de las prácticas rutinarias la persona tiene el peligro de identificar vida religiosa con rutinas, a las que fácilmente se puede acostumbrar, pero que no son expresión de una entrega total de la persona a Dios. En este tipo de prácticas la persona busca “quedarse tranquila”, porque “ha cumplido” la serie de devociones con las que tiene que “contentar” a Dios para que no le castigue y acallar su conciencia. En este contexto realmente se busca a sí misma, no a Dios, y por ello está perdiendo el tiempo y convirtiendo la vida piadosa en una esclavitud sin corazón ni alegría, nada atractiva para los que la observan desde fuera. Pero tiene una ventaja, no complica la vida y permite vivir en el engaño de que se es religioso. San Lucas en el lugar paralelo añade al final del relato una frase importante, que ilumina esta situación: «Nadie que cate vino añejo quiere del nuevo, porque dirá: el añejo es mejor» (Lc 5,39). Refleja la réplica del mundo fariseo rechazando el pensamiento de Jesús. Las prácticas cristianas son vino nuevo, tienen poco tiempo y poca experiencia, mientras que las judías son añejas, tienen muchos siglos de prácticas. En ellas se vive mejor, pues no complican la vida. Por ello en tiempos de Jesús y ahora las prácticas rutinarias son un obstáculo para descubrir y servir a Jesús. Ciertamente, la praxis de Jesús complica la vida, pero es expresión de una vida que ama con alegría.

El cristiano de hoy se encuentra con una serie de prácticas tradicionales en la Iglesia, litúrgicas o paralitúrgicas, que se prestan a la rutina. Es importante ser conscientes de sus pros y contras para adoptar la postura adecuada. Muchas de estas costumbres se remontan a Jesús y a la Iglesia universal desde los comienzos y no se pueden tirar por la borda ni sustituirlas por otras, pero exigen que se ofrezcan al pueblo de Dios y se asuman con la conveniente preparación para que realmente sean expresión de una vida filial y fraternal y no una carga. En los catecumenados clásicos poco a poco se va iniciando a la persona en cada una de ellas, explicando su espíritu, para llegar al final a la cumbre, que es la participación en la Eucaristía. Son célebres en los Santos Padres las catequesis y homilias mistagógicas o introductorias en la riqueza de los sacramentos. Un medio muy útil para ello hoy día es la lectura de las partes que dedica el Catecismo de la Iglesia Católica a la oración y a los sacramentos, que están muy bien hechas y se leen con agrado. Con este medio u otro similar es importante revitalizar nuestras costumbres litúrgicas, explotando toda su riqueza, para que sean expresión de una vida entregada a Dios. Otra cosa son las costumbres que no tienen este origen ni calidad y que pueden adaptarse o recrearse o sustituirlas por otras nuevas que sean expresión de un corazón que se entrega a Dios y a los hermanos.

Todo esto es también muy válido para las “costumbres” pastorales. Constantemente se nos recuerda que hay que salir a la misión, pero las prácticas pastorales existentes responden a una pastoral de conservación (¡que también!), no de misión. «A vino misionero, odres misioneros».

ANTONIO RODRÍGUEZ CARMONA

«Señor, mi Dios,
enseña en mi corazón dónde y cómo buscarte,
dónde y cómo encontrarte.
Señor, si no estás aquí,
¿dónde te buscaré estando ausente?
Si estás por todas partes,
¿cómo no descubro tu presencia?
Cierto es que habitas en una claridad inaccesible...
¿Quién me conducirá hasta ahí para verte en ella?
¿Con qué señales, bajo qué rasgo te buscaré?
Me creaste para verte,
y todavía nada he hecho de aquello para lo que fui creado...
Enséñame a buscarte
y muéstrate a quien te busca.
Porque no puedo encontrarte
si tú no te manifiestas.
Deseando te buscaré,
buscando te desearé.
Amándote te hallaré,
y hallándote te amaré»

SAN ANSELMO DE CANTERBURY

Testimonios y Experiencias



«Lo mejor fue permitirnos vivir la experiencia de que lo que parecía inmutable, mutaba, lo atado se desataba y lo petrificado se derretía. Eso grabó en nuestras conciencias la convicción de que lo esencial del Evangelio es muy poco y casi todo lo demás es cuestionable, reversible y adaptable. Se desmoronaban las murallas de la Jericó eclesial y se invitaba a todos a pasear por sus parques y avenidas: la llamada a la santidad dejaba de ser propiedad privada de clérigos y religiosos y se convertía en una vocación universal que nos igualaba a todos. La Biblia, considerada libro sagrado e inaccesible en vitrinas herméticas, se convertía en Palabra viviente, se instalaba en la mesa camilla de nuestra casa y viajaba con nosotros en transporte público.

La liturgia se sacudía las sandalias de tanto polvo de rituales arcanos y vestimentas extrañas y la Eucaristía volvía a ser Pan roto y compartido que circulaba en la comunidad de hermanos y hermanas».

DOLORS ALEIXANDRE, *Tres preguntas sobre un Concilio clave*, El Ciervo n. 737 Sept-Oct 2012 p. 13.

UNA GOTTA DE AGUA EN LA INMENSIDAD DEL MAR

Terminando el año 1990 un grupo de personas de la comunidad de base del barrio del Espíritu Santo de Espinardo (Murcia) decidimos trabajar en nuestro barrio con la población inmigrante, que por aquel momento era importante, principalmente eran varones, solos, de nacionalidad senegalesa y algunas familias de Marruecos.

Murcia Acoge había comenzado su andadura desde el mes de marzo de este mismo año, nos pusimos en contacto con ellos y pasamos a ser una delegación de la asociación ya creada, estuvimos trabajando con el colectivo en Espinardo hasta finales del año 1992 que decidimos unirnos a la delegación de Murcia ya que considerábamos que la cercanía a la ciudad y los servicios que se prestaban en Murcia eran más amplios que lo que estábamos realizando en nuestra delegación.

Desde ese momento nos integramos totalmente en Murcia y la delegación fue creciendo con mucha rapidez. Lo que en principio era una asociación en la que el colectivo era principalmente del Magreb fue creciendo a partir del año 1995 por los extranjeros que llegaban de Latino América: Ecuador, Perú, Colombia y posteriormente Bolivia fueron los países con más inmigración en la provincia de Murcia; a partir del año 1998 se incrementó la de los países del Este, Ucrania, Bulgaria, ...

Hemos tenido muchos cambios tanto en leyes de extranjería, como en los posteriores reglamentos, las regularizaciones y todos los procesos que se han llevado a cabo en estos últimos años.

La asociación está muy afianzada, hemos llegado a ser un referente en Murcia para el colectivo inmigrante, hemos crecido en profesionales y en voluntarios, mantenemos el número de nuestros socios y así podemos prestar importantes servicios dentro de las áreas en las que está organizada nuestra asociación.

Ni que decir tiene que el camino que empezamos hace aproximadamente 23 años ha representado para mí todo un proyecto de vida en el que me siento plena, en donde he aprendido a reconocer al otro como una persona de derechos, a

estar ahí cuando lo necesitan, a entender sus situaciones y no cuestionar sus hechos, he recibido mucho más de lo que he dado. Me siento muy agradecida a la oportunidad que se me da de poder paliar un poco las situaciones de personas que no tienen la suerte de estar en sus países y tener sus apoyos sociales y familiares. He tenido la oportunidad de viajar a Perú donde desde el año 1998 estamos realizando un proyecto de cooperación al desarrollo con la asociación Ayne Perú solidaridad y desarrollo llevada a cabo por las Hermanas Trinitarias. Fue un mes en el que visitamos todas las comunidades en las que se están llevando a cabo proyectos, estuvimos con los hombres, mujeres y niños todos muy agradecidos a nuestro trabajo y nosotros a ellos por la oportunidad que nos dan de canalizar nuestra solidaridad.

Como decía la hermana Teresa de Calcuta: “lo que hacemos es una gota de agua en el mar, pero el mar no sería el mar si le faltara esa gota”.

FINA HERNÁNDEZ

UNA FRATERNIDAD EPISCOPAL NACIDA EN EL CONCILIO

Entre las varias iniciativas de grupos formados por Padres Conciliares que se reunieron durante el Concilio, con el fin de ayudarse mutuamente y trabajar en más estrecha cercanía que la posible en las grandes Congregaciones Generales hubo una cuya finalidad no fue el estudio sino la oración común y el cultivo de la amistad fraterna entre los componentes del grupo que adoptó como suyas las grandes líneas de la espiritualidad del P. Foucauld. El grupo no sólo fue consolidándose durante las Cuatro Sesiones Conciliares, sino que cuajó en una estable y singular Fraternidad Episcopal.

Formado por un reducido número de obispos, desde el mismo principio del Concilio, comenzó a congregarse una tarde a la semana para dedicar una hora a la adoración del Santísimo Sacramento en la Capilla de Santa Ana del Vaticano; seguía luego

un encuentro fraterno y amistoso que alguna vez tuvo que cambiar de lugar, pero que fue creciendo en número hasta llegar a los veinte Padres cuyo objetivo era intercambiar experiencias personales de su vida y su ministerio episcopal, sin otra finalidad que conocerse y edificarse mutuamente, a fin de poder ser más útiles a la misión recibida de la Iglesia con el episcopado, como fruto de su participación en el acontecimiento conciliar.

Entre prelados “fundadores” del pequeño núcleo inicial - existían ya- desde antes del Concilio, algunos lazos de amistad. Algunos de ellos habían tomado contacto con la asociación sacerdotal “Jesus Charitas”, cuyo responsable por aquellas fechas era uno de los componentes del grupo, el obispo francés, Coadjutor de Orleans, Mons. Guy Riobé. Hubo otros tres, también franceses de origen, consagrados a la misión: uno en el África Sahariana, otro en el altiplano del Vietnam y el tercero en Camboya. El primero pertenecía a la Congregación de los Padres Blancos, y los otros dos al Instituto de Misiones Extranjeras de París. Dos más nos habíamos conocido en Tournai, participando en los encuentros sobre la “descristianización del mundo obrero en Europa” y varios de ellos tenían en común el haber sido Capellanes Nacionales de la Juventud Obrera Católica (J.O.C.) en sus respectivos países. Otros, por razones de afinidad apostólica atrajeron hacia el grupo a algún antiguo colega. De este modo, el grupo se fue ampliando y se procuró que hubiera la mayor variedad en los países y continentes de origen, que hiciera posible el intercambio de experiencias y culturas diversas. De este modo, se incorporaron tres africanos nativos, uno de Ruanda, otro de Burundi y el tercero del Camerún francés. De hecho, la lengua gala fue nuestro principal vehículo de conversación, ya para los encuentros comunes durante el Concilio, ya posteriormente, cuando tuvimos ocasión de visitarnos o -como sucedió varias veces, años después del Concilio- congregarnos en la residencia de uno del grupo, durante algunos días, de amistosa convivencia y fraterna revisión de vida.

Seis eran nativos de América latina, aunque de diferentes países y situaciones -dos de Brasil, uno del Estado de Río de Janeiro y otro del Nordeste, uno de Argentina, otro de Perú, otro

de Uruguay aunque de familia vasco-francesa, y un sexto panameño, aunque de padre americano-irlandés y madre panameña, pertenecía a una moderna Congregación Religiosa.

El grupo de los asiáticos -aparte los dos franceses misioneros ya citados- contaba con un nativo vietnamita -el único obispo Hermanito de Jesús de aquel tiempo- más un japonés y un coreano. Por último, los europeos, todos de la Europa Occidental éramos dos alemanes, -uno del Oeste y otro del Este- el francés de Orleans, un italiano y un español.

El grupo se inspiraba en la espiritualidad de Foucauld y de su heredero y formador el P. Voillaume. De esa espiritualidad se tomaron los puntos principales del sencillo programa de vida de cada uno, así como los compromisos adquiridos por el grupo como tal, en la medida en que claramente fuimos descubriendo que coincidíamos en la fidelidad a la oración común -aunque estuviéramos muy separados unos de otros- en la adoración eucarística, la pobreza y el servicio a los pobres y en el propósito de mantenernos unidos por la correspondencia personal y, por los posibles contactos personales y ocasionales que surgieron espontáneamente según pasaban los años, y varias veces nos congregó a casi todos en la sede de alguno de sus miembros.

Un encuentro celebrado en Roma nos dio la ocasión de contar con la presencia del P. Voillaume, ya retirado de su cargo y avanzado en edad, durante un día entero. El mismo nos había predicado en cada una de las cuatro Sesiones Conciliares dos o tres días de retiro espiritual (...)

Otro encuentro inolvidable, se celebró en circunstancias dramáticas de sufrimiento y de guerra, nos reunió en Burundi y en Ruanda, durante una semana. La visita a Ruanda se limitó a unas horas para comer y conversar con el obispo, sin que pudiera acompañarnos, más por dificultad de cruzar la frontera común, tanto el obispo burundés como el ruandés. Hacía mucho tiempo que apenas lográbamos comunicarnos con ellos por correo. Los otros seis días, transcurrieron en la capital de Burundi, Gitega. Recorrimos varias zonas del país, visitamos parroquias, grupos de voluntarios -consagrados y seculares- encargados de campos de refugiados con miles de acogidos, particularmente ancianos y niños, y participamos en una gran celebración eucarística en la

catedral de Gitega presididos por el Sr. Arzobispo. Meses más tarde el propio arzobispo moría, víctima de una emboscada.

RAFAEL GONZÁLEZ MORALEJO, *El Vaticano II en taquigrafía*. “La historia de la ‘Gaudium et Spes’”. Col. “Estudios y Ensayos-Historia”. Ed. BAC, Madrid, 2000. 224 pp.

ORIENTE-OCCIDENTE, UN TESTIMONIO ACTUAL DE VIDA EREMÍTICA

Siguiendo la tradición del P. Estanislao M. Llopart, monje ermitaño benedictino de Montserrat, desde el año 1977 la Comunitat de Jesús tiene acondicionados unos espacios un poco separados del núcleo urbano de Tarrés, (pequeño pueblo de la comarca de Las Garrigues, provincia de Lérida) destinados para retiros en soledad y silencio. El conjunto se denomina eremitorio de la Santa Cruz (en recuerdo de la ermita donde vivió el P. Estanislao en Montserrat) y comprende dos espacios, la ermita de este nombre y la de san Antonio del Desierto.

Entre los pocos objetos que tenía el P. Estanislao en su ermita de la Santa Cruz de Montserrat, donde vivió entre finales de los años 60 e inicios de los 70, recuerdo la fotografía del abrazo de Pablo VI y el Patriarca Atenágoras del 4 de enero de 1964 en Jerusalén. El ermitaño nos hablaba de su deseo de la unidad de las Iglesias. Con motivo de este encuentro decía: *“Como otras veces desde hace mucho tiempo, ayer y hoy he renovado el ofrecimiento de mi vida anacorética por la Unión de las Iglesias”*. El nos transmitió su espíritu ecuménico, nos hizo amar la Iglesia de Oriente y venerar los iconos en nuestras capillas.

Desde el año 2007, un buen amigo cristiano ortodoxo hace sus retiros periódicos de silencio en la ermita de la Santa Cruz en Tarrés. El espíritu ecuménico y el deseo la unidad de las Iglesias del P. Estanislao, se manifiesta después de muchos años, con este encuentro de comunión entre miembros de las Iglesias de Oriente y Occidente en la ermita de Tarrés.

A petición del Equipo de Redacción del Boletín, hemos hecho unas preguntas a este cristiano ortodoxo para que comparta su experiencia en Tarrés. Respetamos su deseo de quedar en el anonimato, quiere ser “un ermitaño ocasional de la ermita de la Santa Cruz de Tarrés, un cristiano embelesado por el Evangelio”, tal como se define a sí mismo. A todos los que lean su testimonio les desea: “Paz y bien”

JOAN FIGUEROLA

P./ Explica el ritmo de vida en tu tiempo de desierto en la ermita de la Santa Cruz de Tarrés

R./ En Oriente la vida eremítica es algo normal, si hablamos de la santa montaña (Monte Athos). Son muchísimos los monjes que viven en completa soledad, alejados de los que practican la vida comunitaria. Es una opción ratificada por su padre espiritual y el abad o *archimandrita* del monasterio al que pertenecen. Es una opción desde hace siglos.

Se me ha preguntado qué ritmo de vida llevo cuando yo, cristiano ortodoxo vivo como ermitaño en Tarrés, en la ermita de la Santa Cruz, ermita que pertenece a la Comunitat de Jesús, comunidad de laicos comprometidos fundada por Pere Vilaplana, al que tuve la suerte de conocer en mis años de juventud. La ermita de la Santa Cruz está a mi entera disposición todas las veces que estoy en ella. Pere Vilaplana, cuando hace su consagración en Beni Abbès, el 22 de mayo de 1971, habla ya de personas entregadas a Dios con vocación eremítica. Esta profecía hace tiempo que ya es, ha sido y será una realidad. Antes que yo han pasado cantidad de personas por la ermita que, con más o menos tiempo, han hecho realidad el sueño de nuestro bien querido Pere. Y después de mí, vendrán muchas más, todos los días pido a Dios que así sea.

Me pregunta sobre mi ritmo de vida que puedo resumir en oración, trabajo, silencio, sacrificio. Esta última palabra no me gusta, prefiero actos de amor. Cuando se ama, nada que haga para la persona amada es un sacrificio, todo se hace por puro amor, puede ser más o menos costoso, pero el amor es más fuerte que lo que pones en práctica, y sabiendo que lo que haces, lo haces por Dios, ¡qué gozo! ¡qué alegría! Sabemos por la Sagrada

Escritura que Él nos amó primero. Pues bien, amor por amor, ¿dónde está el sacrificio?

La penitencia exactamente igual. Abstenerse de algo que en principio no es lícito y que fortalece nuestra voluntad al ser capaces de dominar a la bestia que llevamos dentro, ¿no es hacer lo que el apóstol dice? (Cf. Corintios 11, 29) Aquí yo veo la penitencia, hacerme uno con el hombre doliente, con el que sufre. Y esto cuesta mucho.

En la meditación de la Palabra está la fuerza de vida del ermitaño y en ella encontramos al apóstol que nos dice: *“Orad sin cesar, dad gracias por todo. Esto es lo que quiere Dios de vosotros como cristianos”* (1 Tesalonicenses 5, 17-18) La mayoría de los ermitaños de los primeros siglos no sabían leer (se les enseñaba) pero tenían que orar pero, entre tanto, ¿cómo hacerlo? Escudriñando en la Biblia y con palabras sacadas de ella se compuso la conocida oración: *“Señor Jesucristo, hijo de Dios, ten piedad de mi pecador”* Así, mientras los ermitaños menos instruidos iban aprendiendo, rezaban continuamente esta oración mil, dos mil veces. Después venía la interiorización y los maestros los guiaban.

Respecto al trabajo los ermitaños no podían estar sin hacer nada, trabajaban cultivando la tierra, hacían cestos y utensilios que después vendían, pero siempre orando. El ermitaño tiene que ser autosuficiente y no ser gravoso a los demás.

Estas son las claves con las que intento sea mi ritmo en la ermita. Actualmente en Occidente, y después del Concilio Vaticano II que restableció la vida eremítica en la Iglesia, (Cf. CIC, c. 603) ha habido un resurgimiento en muchos lugares de este modo de vida. Se han dado unas normas, una regla o constituciones muy simples, porque el ermitaño no tiene pretensiones, es simple y se hace simple por el Reino de Dios.

Vive en obsequio a Jesucristo, tal como pone la Regla de San Alberto de Jerusalén, en el Capítulo 7: *“Vivir día y noche entregados a la oración”* (Regla de los Carmelitas). El ermitaño tiene unas oraciones que la Iglesia le propone, la liturgia de las horas. Así está en comunión con el resto de la Iglesia y con los

hombres, sus hermanos. Aparte puede tener sus devociones particulares, siendo libre dentro de un orden.

La meditación, la contemplación, y la adoración son otros pilares fundamentales para la vida de silencio y soledad. Todos los días, mañana, tarde y noche, después del oficio divino y devociones particulares me pongo en la presencia de Cristo, el icono del Pantocrator, y en silencio, cara a cara y con la mayor humildad posible, reconociendo mi miseria, presentándome tal como soy, sin tapujos ni excusas le digo: *“Jesús, te amo, aumenta mi fe”*. Y callo.

Aquí se hace realidad, hablo en primera persona, el Cantar de los Cantares; amarlo, sentirme amado, buscarlo por plazas y montañas, silencio y más silencio, soledad, confianza... Son las dos horas más cortas del día. Bueno, alguna vez alargo el tiempo.

Así paso el tiempo en la ermita. Por supuesto que tengo un horario, es fundamental, sin él no podría estar en soledad. La organización es parte del ritmo que se necesita para que todo lo establecido y ordenado funcione.

Es importante también la parquedad en la comida y parquedad en el dormir. Siempre con la justa medida, Dios nos pide también cuentas de cómo administramos nuestra salud. Me levanto a las 5,45 h. A las 7 h. toco la campana para laudes, devociones particulares, prima y tercia. A las 12 h. toco la campana y rezo la hora sexta. La oración del ángelus no existe en la Iglesia ortodoxa, pero, ¿por qué no decirle a la Señora, nuestra madre: *“gracias por Jesucristo, aleluya, te bendigo, te alabo, te doy gracias por Jesucristo”*. Esta es mi alabanza a la madre de Dios. Aproximadamente como a las 13 h y hago un reposo corporal, la siesta aproximada de cuarenta y cinco minutos.

A las 15 h. toco otra vez la campana. A esta hora la llamo la hora de la misericordia. Según la tradición, es la hora en que el Hijo de Dios murió. Aquí hago presente a toda persona que de alguna manera ignora a Dios voluntariamente o de forma involuntaria. Aquí digo: *“Señor, tu nos llamas a la salvación por medio de tu Hijo, a todos. Yo, tu pobre servidor, llamo, anuncio por medio de esta campana que tú estás en medio de nosotros”*. Después rezo la última hora del oficio divino, nona. A las 19,30 h.

rezo vísperas. Durante la tarde tengo lectura, trabajo y algún que otro quehacer de índole doméstico. Todo siempre acompañado por la oración de Jesús: *“Señor Jesucristo, hijo de Dios, ten piedad de mi pecador”*.

La cena la hago a las 21 h. Aquí escucho las noticias del día con mi pequeño transistor, requisito puesto por mi padre espiritual. Rezo completas y preparación del oficio de medianoche. A las 22,15 h. aproximadamente me acuesto. A la 1,15 h. de la madrugada hago el oficio nocturno que dura cuarenta y cinco minutos aproximadamente. No lo tengo mandado por la santa obediencia, es voluntario y puedo saltarlo. Después del oficio nocturno otra vez descanso hasta las 5,45 h. de la mañana.

A grandes rasgos este es mi ritmo de vida en la ermita de la Santa Cruz. Así como Abraham corrió al encuentro de los misericordiosos visitantes recibéndolos con gozo y hospitalidad, (Cf. Génesis 18, 1-8) el ermitaño tiene que recibir y compartir con el visitante, que por el motivo que sea pase por la ermita. Caridad, amor y confianza en el Señor, no están reñidos con un discernimiento adecuado y prudente.

Hecha esta aclaración, doy por terminada la pregunta sobre mi ritmo de vida en la bendita ermita de la Santa Cruz de Tarrés. En mis horas de trabajo, cuido y arreglo dentro de mis posibilidades, lo que podríamos llamar jardín. Hago rosarios, cruces y de una manera muy sencilla, pero siguiendo la tradición, hago iconos que son repartidos entre los visitantes que pasan por la ermita. Esto también forma parte de mi ritmo en la ermita. Es mi modo de agradecer, de una manera muy simple, el apoyo y acogimiento que me ofrece la Comunitat de Jesús.

P./ Como ermitaño ortodoxo, ¿qué sentido tienen tus estancias en la ermita católica de la Comunitat de Jesús en Tarrés?

R./ Para contestar a esta pregunta me traslado antes que nada a la tradición heredada de los Santos Padres del desierto, citando uno de sus apotogemas, el número 525: *“No es la virtud lo que me hace encontrarme como ermitaño en el desierto, sino mi gran debilidad”*. Es fundamental para todo amante de la vida de

soledad, reconocerse y sentirse pecador. Si no fuera así, ¿de qué servirá repetir constantemente la oración de Jesús, la oración del corazón? En la ciudad vivo en soledad, sin lujos pero con cantidad de cosas innecesarias y rodeado de ruido por los cuatro costados. Practico la soledad, el silencio, la oración, la contemplación, la sobriedad, todo acomodado al entorno que me rodea. No es malo, pero no es el silencio, la quietud, la paz y gozo que me ofrece una ermita. Cuando digo gozo, quiero decir felicidad.

Conozco otras ermitas, no de este país. Puedo nombrar la del profeta Elías, la de la Natividad de María, la de san Juan Crisóstomo, todas ellas bien distintas en cuanto a su construcción. Pero todas ellas, incluyendo a mi querida ermita de la santa Cruz de Tarrés, impregnadas de una atmósfera y presencia de Dios. Ermita católica, ermita ortodoxa, ¿por qué no ermita cristiana? Vosotros, miembros activos de la Comunitat de Jesús, me habéis demostrado a través de los años que la ermita de Tarrés, heredera de la espiritualidad de la ermita de la Santa Cruz de Montserrat con su ermitaño, el P. Estanislao M. Llopart, no hacéis diferencias entre ortodoxos y católicos. Y pienso que ni a budistas y musulmanes. Estáis abiertos a toda persona. Y este es el sentido por el que frecuento y frecuentaré hasta que Dios quiera y vosotros, mis queridos hermanos, me permitáis poder estar en nuestra estimada ermita.

No soy miembro de la Comunitat, lo sé. Pero espiritualmente estáis en mi corazón, lo que me hace sentirme como uno de vosotros.

P./ *¿Qué importancia das a la vida contemplativa en el mundo actual?*

R./ En el mundo oriental ortodoxo no existe la vida contemplativa tal como la conocemos aquí en Occidente. Monjes y monjas, todos son contemplativos y a la vez activos. Activos en cuanto tienen que abastecerse ellos/as mismos con su trabajo. El pueblo laico cristiano en su mayoría ayuda mucho a los monasterios, pues son conscientes de la labor que hacen sus monjes y monjas mediante la oración. Son contemplativos porque su vida es una oración, las largas cuaresmas y ayunos. El oficio divino no tiene nada que lo iguale, es completamente

distinto a la liturgia de las horas de la Iglesia latina. Unas vigili-
as duran horas. Y si coinciden con tiempos especiales (gran
cuaresma o adviento) o alguna festividad del Señor o de su Santa
Madre, pueden juntarse con la divina liturgia del día siguiente. Es
distinto.

Todos están bajo la Regla de san Basilio, monjes y monjas,
ya que solo existe un monacato. Rezan y comen en común. Cada
monje o monja tiene su celda individual con su propio
iconostasio, aquí diríamos oratorio. Puede darse el caso, y sucede
alguna que otra vez, que el monje o monja opte por una vida más
austera y solitaria. Y es cuando bajo la obediencia de su
“*archimandrita*” (abad) o “*gerondisa*” (abadesa), se retira a una
ermita. Al *archimandrita* también se le llama “*gerondas*”. Aquí en
Occidente conozco bastante bien a los cartujos, benedictinos y
trapenses. En cuanto a comunidades femeninas, conozco bien a
las carmelitas calzadas de clausura rigurosa y a otras dedicadas a
la vida contemplativa.

Oriente y Occidente, todos aspiran a un mismo fin. Todas
las diferencias, aparte de tradiciones puramente humanas, son
culturales. Todos/as persiguen un mismo fin, estar unidos con
Dios. ¿Qué son y qué hacen estos hombres y mujeres encerrados
en sus monasterios todo el día? Hay quien dice que nada; a estos
yo les contesto... ¡qué aburrimiento! Gracias queridos hermanos
y hermanas por vuestras vidas escondidas, por vuestras vidas
anónimas. Gracias a vosotros el mundo no está bajo el poder de
las tinieblas. Sois paraguas que aguantan el chaparrón, sois el
pararrayos que impide que el poder del maligno campee a sus
anchas: Sois los/as que imploráis día y noche delante del
sagrario, delante del icono, la misericordia de Dios para nosotros,
los que estamos fuera de vuestros muros. Intercesores
incansables, misioneros enclaustrados. Refugio de almas
atormentadas por la duda y el desasosiego del mundo exterior.
Con todos vuestros defectos, con todas vuestras cuitas ya sois
ángeles delante de Dios, porque os purificáis mediante la
penitencia. Y lo que es más importante, os purificáis por el amor,
amor a Dios y amor a la humanidad. Sois almas contemplativas
tanto en Occidente como en Oriente. Sois nuestro escudo
protector. ¡Qué Dios os bendiga!

P./ *¿Cuál es tu compromiso en nuestro mundo secularizado?*

R./ Desde el año 1989 en que me hice ortodoxo, después de un período de estudio y catecumenado de cinco años, soy un cristiano comprometido. Soy un cristiano de a pié. Soy un cristiano inmerso en el mundo. Soy un cristiano que vive en medio de los hombres y mujeres del siglo XXI, con todos sus retos. Vivo y actúo con personas que se manifiestan ateos, anticlericales, personas que anteponen la ciencia a Dios, personas en las que su dios es el dinero... Y también personas que al igual que yo, nos manifestamos públicamente creyentes. Somos muchos, aunque cada vez menos. Soy cristiano comprometido con mi Iglesia y con mi padre espiritual. Y bajo su obediencia actúo y vivo.

Cuando he dicho, con mi Iglesia y aquí, tengo que hacerme una pregunta... ¿Mi Iglesia, es que tengo una Iglesia? Sí, pertenezco a una Iglesia santa, católica, apostólica y ortodoxa... Y mis compañeros creyentes con los que comparto mi día a día, creyentes también en otra Iglesia santa, católica, apostólica y romana, ¿son mejores que yo?, ¿soy yo mejor que ellos? Y los cristianos evangélicos, ¿a qué Iglesia pertenecen? Serán tal vez evangélicos de segunda mano. Ah, ¿y los cristianos anglicanos? Ellos también tienen la sucesión apostólica como los romanos y ortodoxos, ¿dónde los colocamos?

Leo y releo la carta a los Hebreos y me pregunto ¿quién es mi sumo sacerdote?, ¿cuál es mi Iglesia?, ¿dónde me coloco aquí y ahora? Parecerá o será una herejía, pero creo y confieso que hay una iglesia compuesta por todos los creyentes, una Iglesia universal. Creo y pienso que los hombres nos hemos fabricado una iglesia a nuestro gusto. Como cristiano comprometido ante Dios, ¿cuál es mi misión, cuál tiene que ser mi modo de actuar? Ante todo amar, amar sin distinción. Es un reto muchas veces difícil. Tenemos tantos prejuicios, me interpelo yo mismo, ¿Los tengo también yo? Muchas veces escucho decir: yo no soy clasista, pero... digamos que soy clasista. ¿Había ante Jesús diferencias de razas y clases?

Estoy comprometido con Dios. Durante diez años he colaborado con una ONG privada trabajando con personas de la calle y últimamente he trabajado en otra entidad con enfermos acompañando a familiares y enfermos. Ahora estoy en un momento de reflexión. Mi compromiso actual me lleva a proclamar a Cristo resucitado, dando testimonio del Evangelio con las personas que ya me conocen, con las personas que, sin buscarlas yo, la vida me las ha puesto delante. Dar la buena nueva, hablar del amor de Dios, poner a Cristo en cada acto del día a día, actuando con decisión y a la vez con discreción.

“Trata a los demás como quieres que te traten a ti” ¿No es esto el Evangelio? Tengo que ser sal. Aquí empieza la aventura del creyente, mi aventura. Como el Maestro, tengo que retirarme en soledad y orar. Solamente así podré poner en práctica mi compromiso como cristiano. Recuerdo otra vez: *“Señor Jesucristo, hijo de Dios, ten piedad de mi pecador”*

Mi jubilación ha sido un regalo de Dios. Pude jubilarme a los sesenta años y después de cuidar de mi madre durante dos años, puedo dedicar mis horas libres a algo que hacía ya años bullía en mi cabeza, trabajar para el Evangelio y poder retirarme en soledad.

P./¿Cómo ves el futuro de las Iglesias cristianas? ¿Qué retos tienen?

R./ Iglesias católica romana, católica, ortodoxa, anglicana y evangélicas, todos cristianos, todos cristianos separados, todos con sus razones para ser la verdadera Iglesia de Jesús de Nazaret. Cada una apela a las Sagradas Escrituras, con sus teólogos y exegetas con sus razones. Somos la vergüenza del mundo no cristiano. ¿Dónde tenemos el amor y la caridad? No puedo opinar sobre la iglesia anglicana y las iglesias evangélicas, las conozco poco. Siempre se resalta lo que separa, olvidando lo que tienen de positivo.

Quiero ser realista e imparcial. Soy Iglesia y me siento hijo de la Iglesia. Quiero a la Iglesia. Respeto y venero tanto al patriarca ecuménico de Constantinopla como al obispo de Roma y patriarca de Occidente. ¿Dónde está el abrazo de Pablo VI y el Patriarca Atenágoras? ¿Y las decisiones del Concilio Vaticano II?

¿Por qué un católico romano no puede participar de la sagrada comunión en la Iglesia ortodoxa? ¿Por qué un ortodoxo tiene que abandonar una misa católica después de la lectura del santo evangelio?

Todo esto tiene una explicación teológica, claro está, pero pregunto otra vez, ¿es esto cristianismo? No y mil veces no. Tanto ortodoxos como católicos, más los ortodoxos que los católicos, si participamos en una eucaristía lo hacemos como de tapadillo. Roma de una forma oficial y pública, no sé que haya negado el cuerpo de Cristo a un comulgante, mi Iglesia ortodoxa sí. Para mí ha sido un momento de inmenso dolor. Las normas son las normas, las leyes son las leyes. Todo viene de arriba. Nadie quiere claudicar, los dogmas son los dogmas.

¿Qué significado tiene la semana de oración para la unidad de los cristianos? Para mí es nulo. Nulo en cuanto a la jerarquía. El pueblo no, el pueblo queremos la unidad. Somos nosotros los que de una manera u otra tenemos que hacer comprender a Constantinopla junto al Monte Athos, gran adversario de la unión, y al Vaticano, que queremos una sola Pascua, que comprendan que la unidad en la diversidad no está reñida, al contrario enriquece. Que se junten, que dialoguen, que anulen dogmas y leyes, que unos y otros sepan ceder, sepan amar, sepan perdonar... Que tanto las jerarquías occidentales como orientales se acuerden del pueblo. A nosotros, al pueblo nos toca ser fermento, hablar con nuestros párrocos, con nuestros superiores y exponerles nuestros sueños de unidad para poder llegar un día a ser “un solo rebaño y un solo pastor”.

Un reto importante para la Iglesia y los cristianos es saber presentar con coherencia el Evangelio de Jesucristo a la gente de hoy. Cada día la gente se separa más de las Iglesias. ¿Cómo transmitir el mensaje? ¿Qué nos dice el Evangelio? En esto conocerán que sois mis discípulos, en que os améis como yo os he amado. Amor y más amor.

Recordando a los eremitas, recordando a los hombres y mujeres de vida contemplativa, les insto y les suplico por caridad, rezad para que este sueño se haga realidad. Nosotros quizás no lo veremos, pero los que vengan detrás seguramente sí. Nosotros sembraremos con la oración y que ellos recojan el fruto.

Ideas y Orientaciones



«El supremo interés del Concilio Ecuménico es que el sagrado depósito de la doctrina cristiana sea custodiado y enseñado en forma cada vez más eficaz. Doctrina, que comprende al hombre entero (...) Mas para que tal doctrina alcance a las múltiples estructuras de la actividad humana, que atañen a los individuos, a las familias y a la vida social, ante todo es necesario que la Iglesia no se aparte del sacro patrimonio de la verdad, recibido de los padres; pero, al mismo tiempo, debe mirar a lo presente, a las nuevas condiciones y formas de vida introducidas en el mundo actual, que han abierto nuevos caminos para el apostolado católico».

JUAN XXIII, 11 de octubre de 1962.

BÚSQUEDA DE DIOS EN LOS AVATARES DE LA HISTORIA

Del "Syllabus" al Vaticano II

El año 1864 quedará en la historia de la Iglesia como el año en que ésta definió de manera clara su modo de estar en las modernas sociedades. El *Syllabus* recoge afirmaciones gruesas, que pasado el tiempo nos suenan extrañas, no hay más que leer el número 80 donde se rechaza globalmente el progreso y se niega que el Romano Pontífice haya de reconciliarse con el liberalismo y la cultura.

El *Syllabus* es una negación frontal del movimiento de emancipación liberal basado en la razón. Las consecuencias serían nefastas para el diálogo con el pensamiento y la cultura. "La Iglesia no sólo no debe polemizar nunca con la filosofía, sino que debe tolerar los errores de la misma y dejar que ellos mismos se corrijan"¹. En consecuencia la respuesta católica a la filosofía moderna no es ya desde dentro, sino retornando al método y a los principios de la Escolástica"². Toda esta reflexión se lleva a cabo desde el convencimiento de la posesión por parte de la Iglesia de un gran poder ético y decisorio que la configura como sociedad perfecta dotada de poder temporal y de una potestad intelectual, moral y jurídico política en la sociedad humana³.

El *Syllabus* no se equivocó en el diagnóstico de la situación del momento pero, estamos convencidos, que erró en cuanto a la autocomprensión de la identidad y la misión de la Iglesia. La Iglesia, por tanto, a las puertas del II Concilio del Vaticano venía arrastrando problemas derivados del conflicto con la modernidad que tenían su origen en la lejana revolución francesa pero que han llegado hasta nuestros días. Son muchas las contradicciones a las que era necesario dar una respuesta.

¹ GRAVISSIMAS INTER, 11 diciembre 1862.

² SYLL, n.13.

³ IBID., 19-24.

Temas que reclaman soluciones urgentes

Es evidente, y no necesitamos incidir en este particular, que las sociedades del momento viven bajo una situación de cristianía o de cristiandad donde la fe tradicional es norma y apoyo para la vivencia de la fe pero no son pocos los bautizados que se preguntan y no hallan respuesta a las preguntas, ¿en qué Iglesia puedo expresar mi fe sin renunciar a mi liberalismo?⁴ o ¿en qué Iglesia puedo adorar a Dios sin renunciar a mi fidelidad a la clase obrera?⁵.

No poco dolor provocó la emancipación legítima de la ciencia, las artes y el pensamiento de la tutela de la Iglesia, así como la aceptación del modelo liberal y democrático de la sociedad y del estado que tienen como fuente de inspiración el movimiento de la Ilustración. Pasado el tiempo observamos como en nuestra sociedad española, años ha de la convocatoria del II Concilio del Vaticano y de la transición política, todavía no ha asimilado el pensamiento moderno dándose dos actitudes que manifiestan posturas integristas de entender la vida y la institución eclesial despertando demasiado fantasmas del pasado en lugar de buscar un acomodo en la sociedad civil y democrática buscando el modo de servir más apto para el hombre y la sociedad de hoy. Con la misma firmeza que afirmamos el depósito de la fe con la misma convicción afirmamos que no se puede avanzar obsesivamente preocupados por la arqueología pretérita. El mundo no nos permite lavarnos las manos como Pilato ante la realidad -“*locus theologicus*”-, escenario donde hemos de habérnoslas todos los días.

Insinuábamos más arriba la situación del mundo obrero y su toma de conciencia por el amplio movimiento provocado por la revolución industrial y por la aparición de ideologías de corte, anarquista, socialista y marxista. Es evidente que en ese momento la clase obrera, siempre religiosa y sumisa a las autoridades eclesiásticas, se aparta de la Iglesia provocando un drama de dimensiones cósmicas que han llegado hasta nuestros

⁴ CAVOUR, 1870

⁵ J. BALBONTÍN, 1930

días con las singularidades del momento presente y con el añadido de la pérdida de la juventud para el mundo católico y la especial situación de la mujer en la Iglesia que pudiera llevarnos a una deserción masiva de éstas de la vida de la Iglesia y de la colaboración en sus instituciones.

No es menor el problema ecuménico y, no digamos, del diálogo interreligioso. Poco o nada se podía dialogar desde una Iglesia poseedora de la verdad asentada en el convencimiento de que *“extra Ecclesiae nulla salus”*, que fuera de la Iglesia no hay salvación. El diálogo se hace imposible cuando una de las partes es o se cree poseedora de la verdad. Poco a poco, a fuer de hacer un juicio justo, se va aceptando el imperativo que irá posibilitando la búsqueda de la unidad entre las distintas iglesias y confesiones cristiana e intentando buscar lugares de encuentro con las grandes religiones del mundo.

En tal estado de cosas el Espíritu Santo, quien al fin y al cabo conduce la Iglesia, suscita las cuestiones de una forma viva de tal suerte que con suavidad se vaya preparando el ambiente propicio para la magna asamblea episcopal celebrada en el Vaticano hace ahora cincuenta años⁶. Gracias a Dios podemos constatar que muchos problemas han sido afrontados de forma abierta y con valentía en las distintas asambleas de obispos celebradas como explanación del Concilio y como respuesta a los interrogantes del hombre de hoy. Así, haciendo una breve síntesis de lo dicho, la doctrina conciliar se encuentra con el reto de evangelizar a un individuo emancipado y libre nacido de la burguesía, en medio de una cultura moderna inserta en una sociedad democrática, liberal y socializada, donde se ha de atender de modo preferente, sin paternalismos, a la clase obrera, los jóvenes y a las necesarias y justas aspiraciones de la mujer. En fin, por decirlo de alguna manera, todo un reto que supone,

⁶ La Apertura del II Concilio del Vaticano se realizó el día 11 de octubre de 1963 por el Papa Juan XXIII y fue clausurado el día 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción, del año 1965 por el Papa Pablo VI. El Papa Benedicto XVI para recordar este acontecimiento convocó el Año de la Fe (11 octubre 2012 hasta la fiesta litúrgica de Cristo Rey del Universo en 2013.

aunque haya más o menos resistencias, una reconciliación con la modernidad y el pensamiento filosófico que la sustenta.

En efecto, la convocatoria del II Concilio del Vaticano suscitó viva esperanza. Juan XXIII, incluso acosado en algún momento de su vida por el mismo Santo Oficio, hijo de una campesino de Sotto il Monte, defensor con su obispo de los obreros, “Papa de Transición” era, sin duda, el instrumento elegido por Dios para dar comienzo al diálogo de reconciliación entre la Iglesia y el mundo moderno. Él concibió el Concilio como una asamblea pastoral en cuanto que no se trataba de definir nuevos dogmas sino de proponer un estilo evangelizador nuevo que suponía, a imagen del Verbo encarnado, acercarse a la concreta realidad de los hombres en un intento de mostrar a la Iglesia como depositaria de la fe y la caridad. La palabra “aggiornamento” lleva implícita el deseo de reconciliación con un mundo alejado y herido por las circunstancias propias de un mundo herido por guerras y enfrentamientos. El concilio pretendía la renovación interior de la Iglesia y su puesta al servicio de la humanidad. Éste se dirigirá, recordemos sus mensajes finales, a los gobernantes, a los hombres de pensamiento y la ciencia, a los artistas, a las mujeres, a los trabajadores, a los pobres, a los jóvenes. En una palabra a todos aquellos sectores donde la Iglesia se sentía deudora y obligada a replantear su acción pastoral.

El II Concilio del Vaticano

Imposible tratar aquí cuanto supuso de novedad el II Concilio del Vaticano pero haremos un intento de síntesis sobrevolando dos de las cuatro Constituciones conciliares y extrayendo de ellas lo que nos parece de mayor interés para el lector en esta línea de mostrar como el Concilio quería dar respuesta a los interrogantes y cuestiones del hombre moderno.

1. Constitución “*Lumen gentium*”

Los dos capítulos primeros son renovadores. En ellos la Iglesia es calificada como “*sacramentum salutis*” y como “*pueblo de Dios*”. Las figuras de la Iglesia tales como redil, campo,

edificación, madre, esposa y otras, subrayan que ella no es sólo sociedad, sino misterio⁷. Hacemos notar la excelente acogida por novedosa de la definición de la Iglesia como pueblo de Dios y sus implicaciones en la acción pastoral y en la organización institucional. Hoy se pone el acento en otros aspectos, también legítimos, pero que soslayan el papel protagonista de todo bautizado en la marcha de la Iglesia.

La Iglesia, visible e invisible, subsiste (“*subsistit in*”) en la Iglesia católica⁸ pero ésta no es exclusiva de la salvación universal por lo que se abre un horizonte lleno de posibilidades para el diálogo interconfesional e interreligioso al tiempo que los bautizados viven con modestia su fe que deviene en una oferta y una mostración sin interés proselitista. Este convencimiento lleva a la Iglesia a una crisis misionera y a un replanteamiento de la misión como oferta de salvación al tiempo que promueve el diálogo y la colaboración con otras iglesias y religiones. Aunque se subraye el carácter misionero de la Iglesia.

No menor importancia adquiere la afirmación del sacerdocio común de los fieles y el reconocimiento de sus carismas que han de ser fomentados y respetados⁹.

El capítulo tercero, aunque tradicional en su redacción, incluye aspectos muy interesantes y que poco a poco se irán implantando en la Iglesia tales como que los obispos no son meros vicarios del Romano Pontífice sino que rigen las Iglesias particulares con potestad propia y que todos forman un “*collegium*”¹⁰; la restitución del diaconado como un “grado” propio que puede conferirse a personas que no aspiren al sacerdocio¹¹. En estos días en los que vivimos con auténtica emoción el nombramiento de un nuevo Papa ha llamado la atención muy positivamente sus primeras palabras donde se dirigía a sus diocesanos de Roma en una aplicación de la doctrina conciliar verdaderamente ejemplar.

⁷ LG 1.6-7.

⁸ *IBID.*, 8

⁹ *IBID.*, 10-12

¹⁰ *IBID.*, 22-23.27

¹¹ *IBID.*, 29

El capítulo cuarto está dedicado a los laicos capaces de realizar la “consagración del mundo” mediante el testimonio en su propio ambiente. Si importante es el reconocimiento del papel de los bautizados que no son clérigos verdaderamente importante es constatar que en este capítulo la Iglesia renuncia a todo régimen de cristiandad política o cultural ya que se pone el acento en el testimonio y el compromiso de cada bautizado en su ambiente convirtiéndose en grano de trigo que se pudre y da fruto. Ni que decir tiene que este número, situado en un esquema de Iglesia no piramidal, despertó en los laicos una viva esperanza en cuanto que recuperaban un protagonismo en la Iglesia que jamás debieran haber perdido. Con dolor hemos de decir que aquella esperanza, por múltiples razones, ha sido sofocada y minusvalorada en estas últimas décadas.

El capítulo VII presenta la índole escatológica de la Iglesia y muestra la convicción de que la fuerza de la Iglesia no procede de las ancestrales alianzas políticas, sino de ser imagen y reflejo de la Iglesia celeste. El último capítulo, sobre la Virgen María, es novedoso en su interés por situar a María en el ser y en la vida de la Iglesia y en estrecha dependencia de la mediación salvadora de Cristo.

2. Constitución “*Gaudium et spes*”.

La Constitución “*Lumen gentium*” habla, como hemos visto más arriba, del ser de la Iglesia mientras que la constitución “*Gaudium et spes*” trata del estar de la Iglesia en el mundo y añade una visión optimista y bondadosa del mundo en un empeño de anunciar a creyentes y no creyentes de qué manera entiende el concilio la presencia y la acción de la Iglesia en el mundo contemporáneo (cf GS 2). Hay una postura evidentemente diversa del enfoque del *Syllabus* donde la Iglesia, consciente del nacimiento de una cultura nueva, se situaba enfrente para condenar el pecado del pensamiento moderno. La GS hace esfuerzos para valorar positivamente el momento presente desde unas actitudes positivas y de diálogo ante lo bueno del mundo llegando a escribir: “La Iglesia reconoce, además, cuanto de bueno se halla en el actual dinamismo social: sobre todo la

evolución hacia la unidad, el proceso de una sana socialización civil y económica” (GS 41-42).

La fuerza de esta Constitución pastoral es al tiempo reconocimiento de que el Concilio no pretende definir verdades sino que pone todo su interés en replantearse la situación de la Iglesia en el tiempo, en la historia y en la sociedad en un intento de resituar su presencia entre los hombres y sociedades nacidas del pensamiento moderno. El método para escrutar la realidad será escuchar y atender los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio (GS 4,11 y 44). La historia, volviendo a su fundamento bíblico, se convierte en historia de salvación aunque haya que luchar contra el mal y el pecado propios de la inmanencia siempre al amparo de la misericordia y la ternura divina.

La Constitución en su exposición preliminar es un análisis agrídulce del mundo actual en cuanto que constata los grandes avances que abren una oportunidad de humanización para el hombre así como el contraste evidente entre riqueza y pobreza, la existencia del hambre en el mundo, la constatación del analfabetismo como sus implicaciones en la sociedad y en la familia. Contrastes entre países ricos y pobres; entre civilización urbana y rural; entre el mundo masculino y las nuevas relaciones sociales entre los sexos y las legítimas aspiraciones de la mujer; la presencia del pensamiento ateo. Ante tal estado de cosas el documento se pregunta: ¿Qué hacer por el hombre y por el mundo? A esta pregunta responden las dos partes de la Constitución: la primera, más general, sobre el hombre y el mundo, y la segunda, más concreta, sobre las diversas cuestiones que surgen en el mundo contemporáneo.

Los primeros números de la Constitución (12-17) empiezan con una antropología abreviada en la que se describe al hombre como imagen de Dios y como ser social y desde ahí sale al paso de los postulados de la Ilustración proponiendo un “*aggiornamento*”, una puesta al día, en cuestiones hasta ahora espinosas en las que se incluye la libertad (GS 17), la igualdad (GS 29) y la fraternidad (GS 32) orientadas hacia la dimensión comunitaria de la persona (GS 24-26) en un intento loable de unir los ideales del concilio con los del humanismo que generan

personas libres, comprometidas y responsables (GS 31). El concilio es humanista y optimista pero no es ingenuo aunque estuviera contagiado del momento de bonanza social y económica de las sociedades desarrolladas del momento.

Es notable el cambio que se opera de la concepción del mundo del *Syllabus* y el número 34 de la GS donde lejos de pensar que las conquistas del hombre de oponen al poder de Dios se habla de que las victorias del hombre son signo de la grandeza de Dios y, en consecuencias, queridas por él. Es extraordinario el cambio de paradigma que se complementará con el número 36 cuando se reconoce la autonomía de las realidades temporales lo que nos llevará a la convicción de que el mundo, en sí mismo, es profano desenganchándose de una sacralidad propia de la concepción medieval acabando de este modo con el concepto de “agustinismo político” autodefiniéndose la Iglesia que es “en Cristo, como sacramento o señal e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad del género humano” (GS 42).

En la relación cordial entre la Iglesia y el mundo, al que la primera ha de ganar para Cristo, aparecen temas de rabiosa actualidad tratados con mucha naturalidad: los derechos de los trabajadores, la participación en las empresas, el derecho a la sindicación, el reconocimiento de la huelga agotadas otras vías, la admisión de la democracia y derecho al sufragio (n.75), el reconocimiento del pluralismo (nn. 74-76), ya sea en forma de asociaciones ya sea como partidos (n. 75), la independencia y autonomías de la sociedad política y la Iglesia (GS 76). La consecuencia de una lectura atenta de estos números nos llega a la afirmación de que la Iglesia hace gran esfuerzo por acomodarse a los principios del Occidente democrático que ha asumido la revolución industrial, la civilización urbana, los derechos del hombre, el principio liberal de respeto a la opinión y a la religión del otro, respeto a las minorías (GS 73), es decir, la asunción de la democracia y la socialización de la sociedad abriendo una nueva era al pensamiento y a la praxis pastoral.

LA IGLESIA COMO PUEBLO DE DIOS EN EL CONCILIO VATICANO II

Elegido Papa con 77 años, Juan XXIII concibió el Concilio Vaticano II como expresión de unidad de los cristianos, por ello el Concilio fue y es denominado Concilio Ecuménico. Juan XXIII era un hombre acostumbrado a trabajar y obtener buenos resultados en situaciones difíciles. El anuncio de convocatoria del Concilio Vaticano II provocó reticencias y naturalidad ante el mismo. Muchos pensaban ¿para qué un Concilio? Pero la expresión italiana de *aggionamento*, *actualización*, da muestras de la realidad concreta en que se encontraba la Iglesia católica aislada y ensimismada no solo frente al mundo contemporáneo sino también frente a otras religiones y frente a otras confesiones cristianas.

El Concilio comenzó el 10 de octubre de 1962, en él participaron 2500 Obispos, mientras en el Concilio Vaticano I participaron 750 obispos y en el Concilio de Trento poco más o menos que 250 obispos. Así que podemos constatar que existía una clara voluntad de representatividad de toda la Iglesia católica en él.

Por primera vez hubo observadores del Concilio, es decir que asistieron al mismo personas invitadas tanto cristianos de otras confesiones como creyentes de otras religiones. Esto era nuevo en la mentalidad eclesial, y no sólo participaron como observadores sino que se escucharon opiniones de los mismos observadores. Todo ello ha reforzado institucionalmente la necesidad del diálogo ecuménico e interreligioso.

El Concilio Vaticano II no se propuso condenar a quienes no siguen la doctrina cristiana, se procuró más bien una actitud de exposición del mensaje cristiano y este mensaje en un lenguaje no-académico ni eminentemente teológico especulativo, sino con una clara voluntad de ser un lenguaje claro de entender por un lector no especialista en materias teológicas. Cristo y su presencia marcan la idea comprensiva que de Dios posee el catolicismo ante los nuevos tiempos.

El Vaticano II fue un concilio eminentemente pastoral en el que predominó el lenguaje bíblico y las referencias a los Santos Padres, sin dejar de denunciar los errores que se percibían, pero desde la intención, y principal preocupación, de proponer ante todo el mensaje evangélico como tarea principal del cristianismo desde un lenguaje personalista y no jurídico.

El Concilio Vaticano II puso de relieve, entre otras muchas tareas, la necesidad de la formación teológica seria del laicado más allá de las tradiciones culturales, sociales y familiares en que todos hemos recibido la fe cristiana. El laico está llamado al apostolado como cualquier otro cristiano, miembro del pueblo de Dios. Nada sustituye la lectura personal, directa, de los textos conciliares. Se propuso la seria necesidad de la formación teológica del laicado para lograr un pueblo de Dios integrado por una comunidad cristiana mayor de edad moral, humana y profesionalmente.

La *Lumen Gentium*, un tratado de eclesiología, es una de las constituciones centrales del Vaticano II, en ella uno de los títulos e imágenes utilizadas por el Concilio para describir a la Iglesia es el de Pueblo de Dios (cap. 2, 9).

Reminiscencia bíblica del título "Pueblo de Dios".

Para el Antiguo Israel la historia es concebida como el desarrollo de un plan divino de salvación, como mediación del Misterio con su pueblo elegido. Elección, Alianza, Promesa y Ley divina (*Palabras* de Adonai) se presentan como mediaciones arquetípicas del Misterio para el Antiguo pueblo de Israel. Israel descubre que Adonai, el Señor de su Padres, camina con él. Su historia es comprendida no sólo como la evolución de un pueblo sino como la presencia actuante de Adonai con el pueblo de Israel. A menudo lo sentirá como Dios cercano, en algunas ocasiones Israel se sentirá como alejado y abandonado de su Dios, sin embargo desde su experiencia del éxodo de Egipto Israel interpretará su historia desde este sentimiento: "Y, en efecto, ¿hay alguna nación tan grande que tenga los dioses tan cerca

como lo está el Señor Dios de nosotros, siempre que lo invocamos?¹.

"Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios"

Elección, Alianza, Promesa y Ley divina (*Palabras* de Adonai) forman las directrices principales de la interpretación e imaginario israelita de la historia. Dios no retira su alianza y su favor, sino que los mantiene² a pesar de la ruptura humana con Él. Dios ha hecho alianza con Israel y quiere hacerlo suyo, manifestándosele progresivamente en esa elección que Dios ha hecho de un pueblo pequeño --insignificante en comparación con los pueblos vecinos--, pero fuera de lo normal por su Dios, un Dios único que ama a su pueblo con amor celoso. YHWH es el don mismo de su Dios para ellos, realizado en la Promesa de esa elección de Abraham y la alianza mosaica. Por eso el pueblo adquirirá la costumbre de proclamar con toda la fuerza de la expresión: "*Yahweh nuestro Dios*" en hebreo: *Adonai eloheinu*.

La Alianza es un vínculo que obliga y compromete a Israel a ser fiel a la ley divina, a las Palabras recibidas de Adonai. De su cumplimiento se deriva la peculiaridad del conocimiento israelita de Dios, que es exigencia y a la vez promesa.

La Iglesia como pueblo de Dios

Uno de los títulos e imágenes utilizados por el Vaticano II para describir a la Iglesia es el de *pueblo de Dios*. La elección de esta metáfora resalta el carácter antropológico, social e histórico para referirse a la comunidad creyente frente a otros posibles títulos eclesiológicos tradicionales de carácter agrario, arquitectónico o jurídico. El título *pueblo de Dios* tiene una evidente raíz bíblica en la Historia de Salvación de Israel.

La *Lumen Gentium* (cap. II, 9) resalta con la elección de este título para nombrar a la comunidad creyente cristiana 1. El

¹ Dt 4, 7

² Lit: "*mantiene su alianza y su misericordia*": hbr. *somer habberit wehahesed*, Dt 7, 9-12; 1 Re 8,23; Neh 1,5; 9,32; Dn 9,4.

carácter comunitario de la llamada y elección de Dios, 2. El reconocimiento del carácter histórico de ésta, ya iniciado en el antiguo pueblo de Israel, 3. Como preparación de una nueva alianza, actualizada en Cristo como plena revelación de Adonai a toda la humanidad con su encarnación. 4. Convocando en Cristo no sólo a la antigua comunidad creyente, los judíos, sino también a los gentiles, 5. Constituyendo con esto un *nuevo pueblo de Dios* que integra a los que antes no pertenecían al pueblo de Dios. 6. Este *nuevo pueblo de Dios* tiene por Cabeza a Cristo que nos invita a anunciar y dilatar con Él el reinado de Dios a toda la humanidad a través del amor. Este anuncio e invitación tienen en la comunidad cristiana un carácter de redención universal, por eso es llamada la comunidad cristiana *catholica*.

La elección paulina del concepto griego *ekklhsia*, lat. *ecclesia*, frente a otros posibles nombres para la Comunidad Cristiana naciente, es decir la no-elección de un nombre hebreo de los utilizados entonces o anteriormente por la tradición judía, quizá ponga de relieve la voluntad paulina de manifestar el nacimiento de algo nuevo con el surgimiento de la Comunidad cristiana.

Los Padres conciliares quisieron destacar con el uso de la imagen pueblo de Dios para referirse a la comunidad cristiana los dos polos de la Historia de la Salvación, la manifestación y elección divina, en un primer momento de la historia a través del antiguo Israel, y posteriormente en Cristo, de una comunidad creyente invitada a manifestar a toda la humanidad, a todo pueblo el nuevo rostro de Dios, acercado en Jesús de Nazaret, como cercano y entrañable. Se trata de un pueblo que camina hacia Dios y su encuentro desde la búsqueda del prójimo y del lejano, desde la constante conversión, *metanoia*, de mentalidad, sentimientos y conducta buscando el bien objetivo del otro sin distinción de credo, raza o condición. Un pueblo que se deja seducir por Dios ante todo y no por tantas servidumbres esclavizantes que niegan la dignidad y mínimos bienes materiales necesarios e incluso la vida de otros. Un pueblo guiado por un Dios garante de justicia, dignidad e igualdad de todo ser humano.

Sentido ecuménico de la expresión pueblo de Dios

El uso del título eclesiológico pueblo de Dios por el Concilio ha servido para manifestar el sentido originario de *comunión, koinonía*, de la primera comunidad cristiana a la vez que su sentido ecuménico, puesto de manifiesto, por ejemplo, por la Comisión Internacional Anglicano/católico romana en la introducción a su Relación final:

“Aunque *koinonía* no sea jamás en el Nuevo Testamento el equivalente de Iglesia, es con todo el término que mejor expresa el misterio evocado en las diversas imágenes de la Iglesia que emplea el Nuevo Testamento. Cuando, por ejemplo, la Iglesia es llamada *pueblo de la Nueva Alianza* o esposa de Jesucristo, el contexto es ante todo el de la comunión. Aunque imágenes como las de templo, Jerusalén nueva o sacerdocio real puedan suscitar resonancias institucionales, su objetivo primario es describir la experiencia de la Iglesia como participación en la obra salvífica de Cristo. Cuando la Iglesia se presenta como el cuerpo de Cristo, la casa de Dios o la nación santa, la instancia recae sobre las relaciones entre sus miembros tanto como sobre su relación con el Cristo cabeza”³.

“La importancia de esta categorización de la Iglesia como *comunión* - según Adolfo González Montes- es decisiva en todos los diálogos interconfesionales católicos-protestantes que han afrontado la cuestión eclesiológica”⁴, y es que la introducción a la *Relación final*, elaborada en 1981, por la Comisión Internacional Anglicano-Católico romana incide en dos aspectos característicos de comunión eclesial como *pueblo* y como *pueblo de Dios*: 1. en la relación de comunión entre los miembros entre sí, y 2. en la relación de comunión de los mismos con *Cristo cabeza de dicha comunidad*.

³ Cf. Introducción de la *Relación final* de la ARCIC I = Anglican/Roman Catholic International Comisión, 1981, citado por Cf. A. GONZÁLEZ MONTES (2008) *Imagen de Iglesia. Eclesiología en perspectiva ecuménica*, BAC, Madrid, 71.

⁴ Cf. A. GONZÁLEZ MONTES (2008) *Op. Cit.*, 72.

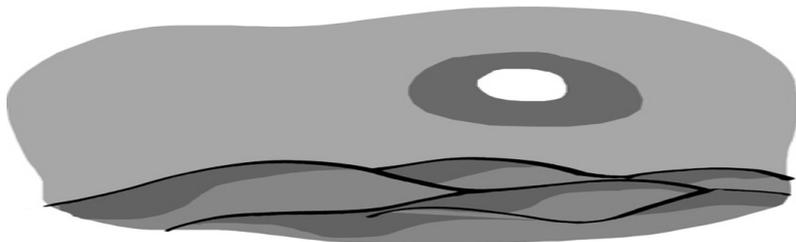
Una comunidad que vive su búsqueda de Dios desde la memoria y comunión de Cristo y los santos y la vivencia profética de un Dios amigo de todo ser humano, de toda humanidad. Un *pueblo de Dios*, comunidad nueva, llamada a ser por su obrar mediador luz del mundo y sal de la tierra entre Dios y aquellos que no le conocen y también aquellos que todavía no le reconocen.

El Vaticano II pretende ser un acto reflejo de la Iglesia sin la pretensión de entenderse a sí como un fin en sí misma sino para entender el designio de sí desde el amor del Padre.

Es evidente que la comunidad cristiana percibe la necesidad y quiere dialogar, acercarse al mundo contemporáneo -hoy tras cincuenta años de la celebración del Concilio Vaticano II un mundo con nuevos retos estructurales-, servir al hombre en todas sus debilidades y en todas sus necesidades. De ahora en adelante parece que la Iglesia se entiende como *pueblo de Dios*, servidora del mundo, esposa de Cristo, esposa del Siervo.

Y la mirada a Dios y a Cristo no es separable de la mirada al prójimo. La espiritualidad del Concilio es la del Buen Samaritano: servir al prójimo sea éste quien sea, vecino o lejano, creyente o ateo, familiar o extranjero. Se trata de entablar un diálogo: 1. con todo lo humano, 2. con todos los creyentes, y 3. también con los no-creyentes, 4. con todos los cristianos (ecumenismo), y 5. con todos los hermanos de la misma fe.

ANTONIO MARCO PÉREZ



“CREADO A IMAGEN DE DIOS” (LG):
SANTA ES LA CRIATURA Y LA CREACIÓN
PORQUE SANTO ES EL CREADOR

Releer la LG después de 50 años es percibir una brisa fresca y reconfortante. El Vaticano II es una referencia ineludible para no desnortarnos en este mundo tan querido por el Dios de la Vida, Padre y Creador, y que nosotros tanto maltratamos.

Quiero empezar la reflexión teniendo presente que la mayoría de la criaturas en este mundo nuestro son víctimas inocentes, son hombres y mujeres que por venir a este mundo nuestro se encuentran con que este mundo no es su casa y se siente privados de lo más elemental para subsistir y con su dignidad negada. Desde lo acontecido en Jesús de Nazaret que se vivió desde un Dios de Vivos y no de muertos, las víctimas emergen en su radical dignidad. Jesús ama las criaturas más pequeñas y vulnerables, Jesús tiene una relación con los pequeños entrañable, sabe que sus ángeles de la guarda están contemplando todos los días el rostro del Padre del Cielo, son los preferidos, los protegidos, los amigos de Dios, por eso Jesús avisa muy seriamente que de ningún modo hay que despreciar a los pequeños. Despreciar a las criaturas pequeñas del Padre es despreciarlo también a Él.

Cuando se empieza a percibir la inocencia de las criaturas que sufren el sarcasmo y el desprecio de los satisfechos y orgullosos, cuando se empieza a percibir que la mayoría de las criaturas son masacradas para mantener el estatus, el dominio de los menos, entonces se empieza a percibir la santidad de los mártires inocentes. Se empieza a percibir que la profanación de la creación, la destrucción de la “obra de sus manos”, las víctimas masacradas son dolorosamente el permanente “testimonio” de un desajuste, de una ruptura, de un desenfoque no querido por el Amor Fundante de todo lo que existe.

Si las víctimas son inocentes es porque se percibe que de ningún modo el Dios Fuente de la Vida y Creador puede querer el sufrimiento de sus criaturas. *La criatura es Santa porque Santo es el Creador*. Lo primero es una creación buena y santa, el dialogo con la Fuente de la vida y de la felicidad es creativo, es manantial que no se agota, es alegría profunda, es el sentimiento de una Presencia que fundamenta, que acoge y guarda, que consuela. Lo primero, el fundamento de la creación, no es la caída, la pérdida, el dolor, lo primero es el diálogo amoroso, compañero del Criador con la criatura.

Este mundo no es un valle de lágrimas desde el inicio, en el que el Creador nos colocó para purgar un pecado de inicio, lo hemos convertido nosotros no ya en un valle de lágrimas sino en un valle de injusticias y dolor evitables si no perdiéramos de vista la bondad inicial de la creación. No es este mundo un lugar de caída desde cielos más altos por culpa de nuestro orgullo o engreimiento, no es el mundo ni la carne una cárcel cruel para sufrir y penar, no es el mundo algo para despreciar. Cuántos resentimientos, amarguras, frustraciones acumuladas que impiden el percibir limpiamente que nuestro Dios no es un sádico, no es un dios cruel, no es el justiciero inmisericorde. Santidad es testimoniar que la Creación es obra del Dios de la Vida, cuidarla ante tanta amenaza, defenderla ante tanta depredación, sanarla ante tanta agresión es una obra Santa, una tarea digna de la criatura. Cuando la gente sin-tierra, sin derechos a que este mundo sea su casa y así poder disfrutarla y cuidarla, cuando esta gente se siente extraña en la casa en la que el Creador colocó a sus criaturas, es de profetas y de santos reivindicar la obra del creador como la casa en la que todos tengan sitio. Profecía y testimonio se dan de la mano.

***Dar gracias por la creación es dar gracias por la vida.
Sólo un corazón agradecido es capaz “de conocer y
amar a su creador” (LG 12)***

Nos encontramos con muchos bloqueos para configurar la vida desde la acción de gracias. La mayor dificultad estriba en que en la vida, empezando por ella misma, casi todo lo damos por

supuesto, como "normal y natural". Entonces dar gracias siempre será por lo que ocurra de extraordinario... y ocurren tan pocas cosas fuera de lo ordinario del vivir cotidiano. El problema no es sólo que se estreche el campo de la acción de gracias, el ámbito de la Gratuidad, sino que la mayoría de lo que somos y tenemos lo damos por supuesto y es "normal" y "natural" poseerlo, y cuando no lo poseemos lo exigimos creando dinámicas de intransigencia y exigencia que no tienen nada que ver con la gratuidad y con la libertad liberada.

No hemos pedido permiso para nacer, somos invitados a la vida, la vida es puro don, es puro regalo. Cuando por miedo a la muerte nos aferramos a la vida y olvidamos que somos una "chispa" de la creación y que mañana se puede apagar en la luz de Dios, se generan dinámicas insanas, nos agarramos desesperadamente a los ídolos, no existe la genuina indiferencia, nos des-esperamos, dejamos de esperar en el Señor de la Vida y en su incondicionalidad, absolutizamos a personas, situaciones, ideas... caemos en una esclavitud mortal. El esclavo no puede discernir, no puede vivir en libertad liberada para el servicio del Dios de la Vida en sus criaturas. Cuando la vida es acogida como don se vive de otra manera.

"El hombre es, en efecto, por su íntima naturaleza un ser social y no puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás" (LG) Si nos vivimos como criaturas en este mundo nos des-centramos para arraigarnos en Él, y entonces se puede empezar a vivir con una actitud "reverente", como diría Ignacio de Loyola, ante Dios, las criaturas y la naturaleza. Actitud reverente en vivirse en alteridad. Lo "otro" no es mi yo ni una extensión de él. Si esta "chispa" de la creación que es el yo se apagara en la Luz de Dios, "lo otro" sigue teniendo consistencia. Configurar nuestra vida desde la acción de gracias, desde el don, aligera el peso de nuestro caminar y dejamos entonces de imponer cargas pesadas a los que nos rodean cuando se nos hace insoportable el mero pensar en desaparecer de este mundo y de los pequeños mundos en los que vivimos.

Dar gracias por la vida es dar gracias por el techo, el pan y la palabra

El dar gracias por la vida es dar gracias por el techo, el pan y la palabra. En nuestro vivir cotidiano tenemos un techo que nos acoge, un hogar en donde nos identificamos como hijos de un pueblo con sus raíces e identidad, somos de un lugar y de una gente. Si no damos gracias por el techo, cuando nos falte no sabremos vivir a la intemperie y entonces lo exigiremos. La acción de gracias es reconocer un don y no agradecer una posesión.

¿Cómo dar gracias por el techo cuando muchas, demasiadas, criaturas del Padre viven sin techo? Si no damos gracias nos hacemos especialistas en defender el derecho del otro a tener techo pero el nuestro que no nos falte. Nos podemos convertir en especialistas para defender los derechos del otro pero desde nuestras posesiones inamovibles. Esta es una de las contradicciones del primer mundo: deseamos los derechos de todos pero lo nuestro: bienes, posesiones, estilos de vida que sigan y que no se toquen.

Dar gracias por el pan y la palabra supone el dar gracias por el sustento cotidiano, por el pan material y el pan de la cultura. Cuando perdemos esta dimensión de gratuidad en nuestros "panes" y "palabras" de cada día nos pasa como con el techo: lo exigimos. Al perder esta dimensión podemos caer en dinámicas de engreimiento y orgullo sutil. Cuando olvidamos que los propios bienes culturales como el saber, la capacidad de orientarnos en la realidad, la capacidad de analizar lo que acontece, etc., son dones, los podemos convertir en una arma arrojada contra los no capaces, los no "cultos", ...

Pongamos los ojos en Jesús de Nazaret: La Compasión el único modo de salvar la creación

Jesús se encuentra por los caminos a una viuda indefensa a la que se le ha muerto su único sustento y compañía, se encuentra con una hija de Israel abocada a la frustración y a la soledad total. La muerte le ha arrebatado a su único hijo y a Jesús

se le conmueven las entrañas ante el dolor de esta criatura de Dios.

Jesús no elude el dolor, la soledad y la muerte, los mira de cara, los toca, mete las entrañas compasivas de Dios en donde la ley ve impureza y podredumbre, mete la compasión de Dios en las entrañas de la viuda indefensa y esta encuentra y recupera su fortaleza, su dignidad de mujer: ¡Dios ha visitado a su pueblo! Jesús involucra al Dios de la vida con sus criaturas indefensas, porque algo nuevo está pasando, el Santo de Israel vuelve a manifestar su Gloria en la vida de sus criaturas.

En la Sinagoga y en Sábado, Jesús se encuentra con una criatura atrofiada, acoquinada, esclerotizada, falta de energía y de vitalidad, era el lugar en dónde se recordaba y se celebraba que Dios había conducido a su pueblo “con brazo extendido y mano fuerte” hacia la tierra de la libertad ahora se ha convertido en un lugar donde la ley ahoga la libertad de los hijos de Israel. La Sinagoga se ha convertido en un lugar que en vez de provocar caminos de liberación propicia sometimiento y esclavitud, en vez de poner en pie a las criaturas, camino de una nueva Pascua, “atrofia los brazos” y paraliza.

En la Sinagoga, Jesús expresa su dolor y su profunda irritación porque le duele la dureza de corazón de aquellos que han hecho de Dios una propiedad privada. Si la Sinagoga es lugar de recuerdo de las gestas liberadoras y fundantes de Dios para con su pueblo y lugar de reposo festivo para la celebración, la gente de la ley y el templo la han convertido en lugar de sometimiento y esclavitud.

Jesús va a convertir la Sinagoga en lugar de vida para el hijo de Israel paralizado, lo pone en pie, le endereza el brazo y lo extiende, le devuelve su capacidad de decisión, genera un ámbito en el que emerge la libertad secuestrada.

Jesús se la juega, van a empezar a conspirar contra él, los de siempre no soportan que Jesús, con su actuación y confrontación, haya devuelto a la Sinagoga su función de lugar de memoria de liberación, los ha dejado en evidencia. Jesús ha

denunciado con su gesto la blasfema perversión: convertir la casa de la memoria de la liberación y el día de la alabanza en instituciones opresoras para el pueblo de Israel. En el ajetreo de su ir y venir entre la gente a *Jesús se le acerca una mujer manchada*, una tabuada y estigmatizada, la ley anatematiza a toda mujer que tenga flujo de sangre o le dure la regla más de tres días, se le acerca una mujer afligida que sabe que todo lo que toca lo ensucia, que no tiene ni tendrá el favor de Dios, que está derrotada y esquilada en sus bienes porque la cultura de puro-impuro es cruel y excluye. En el entorno de Jesús encuentra alivio, sanación y el emerger de su dignidad de mujer.

Jesús da gracias al Señor de Cielo y Tierra porque la gente a su alrededor encuentra respiro, los cansados y agobiados se recuperan y la gente sencilla lo ve y lo entiende. Jesús genera un entorno no opresivo, su yugo es suave y su carga ligera, entonces afloran las potencias y latencias de las criaturas de Dios.

Jesús ha convocado un grupo de seguidores y seguidoras, experimentan que algo nuevo está sucediendo, que está llegando un tiempo nuevo. Ellos, en cercanía con el maestro, experimentan que también son portadores de vida y Jesús les dirá que se alegren porque sus nombres están inscritos en el Cielo, que su alegría es la alegría de Dios, porque en un mundo endiabladamente opresivo y asfixiante se están generando espacios de vida para los hijos e hijas de la aflicción. Es la Gloria de Dios.

La recuperación de la dignidad de la Creación y de la dignidad de las criaturas la *Lumen Gentium* es un tema nuclear para nuestra vivencia cristiana. Con la creación y las criaturas no se juega, son santas porque el creador es santo, la Gloria de Dios es cuidar la obra de sus manos.

TONI CATALÁ sj
Centro Arrupe Valencia

LA DOCTRINA DEL VATICANO II SOBRE EL TRABAJO HUMANO

Leemos en la Constitución Española (de 1978): “Todos los españoles tienen el deber de trabajar y el derecho al trabajo, a la libre elección de profesión u oficio, a la promoción a través del trabajo y a una remuneración suficiente para satisfacer sus necesidades y las de su familia” (art. 35.1), y más adelante: “los poderes públicos promoverán las condiciones favorables para el progreso social y económico y para una distribución de la renta regional y personal más equitativa... De manera especial realizarán una política orientada al pleno empleo” (art. 40.1). Leemos también, en la prensa de hoy (17 de abril de 2013), que el Fondo Monetario Internacional empeora su previsión para España drásticamente: un 27 por ciento de paro en 2013. Esta horquilla de discursos y lecturas puede ilustrar bien la diferencia que media entre el papel mojado de las grandes palabras y el bofetón que la realidad social propina a quien quiera mirarla con un mínimo de objetividad. La violencia del bofetón adquiere sus reales proporciones cuando se calcula en las dimensiones universales del hambre y la miseria a que nuestro mundo condena a tantos millones de seres humanos.

¿Qué dice del trabajo la Iglesia? El n. 67 de la constitución pastoral *Gaudium et spes* recoge la respuesta estandarizada que el catolicismo oficial da a esta pregunta en la época contemporánea. Se nos dice: 1) que el trabajo, el factor humano, tiene prioridad sobre el resto de factores presentes en la actividad laboral y económica; 2) que ha de ser fuente de sustento del trabajador y de los suyos; 3) que ha de permitir el ejercicio de la caridad; que une al cristiano con el Creador y con el Redentor, de quien se dice que fue un trabajador; 4) que es un deber; 5) que es un derecho, que incluye la oportunidad de trabajar y la remuneración justa correspondiente; 6) que se realiza asociadamente; 7) que las leyes (económicas, del mercado) han de supeditarse al bien del trabajador; 8) que el trabajador tiene derecho al descanso y al tiempo libre...

¿Quién habla y quién es su destinatario? Si preguntamos por la procedencia de estas tesis católicas sobre el trabajo humano nos encontraremos remitidos a diversas fuentes de una misma tradición. Es de origen bíblico la concepción del trabajo como un deber, mejor dicho, como un castigo, consecuencia de la transgresión primordial adámica. De origen bíblico, igualmente, la idea del trabajo como un derecho, mejor dicho como una capacidad por la que el hombre se asemeja y colabora con su Creador. La referencia a la condición de trabajador manual aplicada a Cristo Redentor tiene su ubicación propia más en la teología medieval de los misterios de la vida de Cristo (su “vida oculta” en Nazaret) que en la tradición del Nuevo Testamento. Los aspectos filosóficos y antropológicos del trabajo como fuente de realización humana son deudores del humanismo cristiano y del personalismo del siglo XX. Y la conexión ética entre el trabajo y el desideratum del “salario justo” es igualmente un tópico de la doctrina social eclesial, adecuación, a su vez, de la doctrina tomista sobre esta materia como respuesta a la cuestión social desde finales del siglo XIX. Un análisis más detallado, y que repasase el curso seguido para la redacción de este número de *Gaudium et spes*, confirmaría éstas y otras tesis de procedencia diversa que confluyen en la doctrina católica actual sobre el trabajo humano.

El mero hecho de que el Concilio se pronunciase sobre esta materia, en continuidad con la llamada “doctrina social” de los papas anteriores, se valoró como logro y mérito indiscutible, y el párrafo en cuestión fue saludado diciendo que “la simpatía del Concilio está de parte de los trabajadores y de su dignidad humana” (Rahner y Vorgrimler). Haciendo suyas algunas reivindicaciones tradicionales del movimiento obrero occidental, los padres conciliares entendían ser fieles a la intención programática que les guiaba: resonaban en su corazón “el gozo y la esperanza, las lágrimas y angustias del hombre de nuestros días, sobre todo de los pobres y de toda clase de afligidos” (GS, 1).

El paternalismo e idealismo subyacentes han de ser denunciados. “Siendo la actividad económica generalmente un producto del trabajo asociado de los hombres, es injusto e

inhumano organizarla y montarla con daño de cualquier trabajador. Ahora bien, es demasiado frecuente, aun en nuestros días, que los trabajadores resulten en cierto sentido esclavos de sus propias obras, lo cual no se justifica de ningún modo por las llamadas leyes económicas.” Hay un idealismo inherente al planteamiento, a la forma de contemplar el hecho, al posicionamiento del observador. El trabajo y las condiciones injustas en las que éste se ejerce (“esclavos de sus propias obras”) es visto de forma abstracta, desde fuera, desde arriba, *sub superna specie*... El discurso abstracto y universal quiere embutir en una misma consideración todos los casos reales, en una presunta, ambiciosa y colosal reconciliación de contrarios: “El trabajo humano que se ejercita en la producción o en el intercambio de bienes o en la oferta de los servicios económicos, ... independientemente o al servicio de otro, procede inmediatamente de la persona, la cual marca con su impronta las cosas de la naturaleza y las somete a su voluntad.” Los ámbitos en los que se ejercita, ¿cómo aparecen, quién los establece, a qué responden? ¿Por qué un trabajo es independiente y otro por cuenta ajena? “El hombre consigue, de ordinario, gracias a su trabajo, el sustento para su vida y la de los suyos...” ¿Qué quiere decir “de ordinario”? ¿Cuándo es así y cuándo no, y por qué? ¿Cómo se consigue esa adecuación maravillosa entre lo trabajado y un resultado diverso como es el sustento de la propia vida y la de “los suyos”, siendo el costo de dicho sustento, según receptores y calidad, tan extremadamente dispar según las circunstancias. La contradicción fundamental radica en no probar suficientemente la causa que vincula “productividad” y “remuneración”. Allí donde el mercado o formas esclavistas o feudales anteriores al mismo determinen dicha causa, la justicia “social” caerá inexorablemente bajo las ruedas de la lógica económica. Frente a la organización histórica del trabajo, el planteamiento “humanista” queda varado en su idealismo de fondo: el fruto del trabajo de cada uno ha de ser suficiente para satisfacer todas sus necesidades (suyas y de los suyos), en perfecta sintonía con el lema (comunista): cada uno aporta según sus posibilidades y recibe según sus necesidades. A la vista de la organización real de los procesos de producción y de apropiación

de la riqueza resultante, queda al descubierto el carácter utópico de la aquella forma de organización social basada idealmente en los derechos del trabajo como factor llamado a ser respetado como prioritario. ¿Cuál es esa forma de organización social, dónde podemos encontrarla o cómo lograrla históricamente?... Qué difícil resultará a quien quiera dejar resonar en su corazón estas angustiosas preguntas reales de la clase obrera, no repasar provechosamente las pertinentes reflexiones de Carlos Marx al respecto, siquiera sea para aprender de él las lecciones elementales de una crítica de la economía política curada de idealismo. ¡Más difícil le será a un camello pasar por el ojo de una aguja! El punto de partida no lo pondrá entonces en las bellas y buenas palabras de las declaraciones sobre los derechos del trabajador, aparezcan éstas en textos legales, programas políticos o doctrinas religiosas, sino en el análisis de las condiciones reales e históricas de la desigualdad de los hombres ante los bienes de la tierra, su producción y disfrute. Todo planteamiento que obvie este punto de partida (pecaminoso o injusto), ha de ser rechazado por inadecuado, distractivo y perjudicial.

¿Qué decimos, entonces, de la aportación del Vaticano II sobre el trabajo humano? ¿Qué podemos heredar y salvar de ella? Si algo hemos aprendido a escarmentar del idealismo que denunciamos, nuestra respuesta habrá de renunciar a valoraciones generales y centrarse en desvelar primero cuáles son los límites del discurso y sus insuficiencias. Un discurso no situado, presuntamente universal, es de por sí un discurso encubridor. ¿De qué le sirve a una madre separada, con hijos a su cargo y sin trabajo remunerado oír decir que tiene derecho a un trabajo con un salario que le permita cubrir sus necesidades y las de su familia? ... Al hablar de los derechos del trabajador, la Iglesia sólo daba un primer paso, al que deberían haber seguido muchos otros. ¿Cuáles se han producido de hecho? ... ¿Qué sector eclesial hace suyo este discurso y lo reivindica eficazmente? ¿serán los partidos o sindicatos de inspiración cristiana? ¿serán políticos o sindicalistas formados en la doctrina social de la Iglesia y empeñados en aplicarla? ¿será Pastoral Obrera, como actividad organizada de la Iglesia católica española? ¿serán sus

otrora prometedores movimientos apostólicos obreros, como la JOC y la HOAC? ... La debilidad pública de estos sujetos refleja la medida real del desfase entre la grandilocuencia del discurso y la miseria de su efectividad constatable. ¿Hasta qué punto es consistente la alianza entre la Iglesia y la clase obrera o los empobrecidos del planeta, que deberían ser la parte más respetada y valorada de su base social, las principales autoridades del Pueblo de Dios?...

En modo alguno sería justo cargar en el debe del texto conciliar todos los elementos que impiden su reflejo en la realidad social constatable. Si los discursos bienintencionados se agotan en sí mismos y apenas alcanzan efectividad práctica alguna, se debe también a la falta de conciencia del sujeto que debería protagonizar su propia emancipación, es decir, si hablamos del trabajo, los propios trabajadores. Sabemos lo que se nos dijo: que nadie puede entrar en la casa de un hombre forzado y arramblar con su ajuar si primero no lo ata, o primero no le quiebra las piernas, mejor: si primero no le quiebra la conciencia. Así se ha hecho con la clase obrera en los años de vacas gordas, y sólo así se explica lo maniatada y lisiada en su conciencia que se encuentra, hasta el punto de no poder levantarse contra quien la hunde y expolia.

Nos encontramos con una organización del trabajo que es resultado de la historia de la lucha de clases. Cualquier análisis debe tener en cuenta la deuda histórica del sistema con los explotados. Aquí la conciencia judeo-cristiana del tiempo y de la historia resulta irrenunciable. Frente a la *tabula rasa* que el capitalismo quiere lograr borrando dicha conciencia del tiempo, hay que defender esta aportación clave y fundamental del judeo-cristianismo: su concepción humana y divina del tiempo y, por tanto, de la historia. Cualquier discurso sobre el trabajo humano ha de tener en cuenta la historia de la organización de éste, lo cual abocará a una visión de la historia no alejada de la consideración de ésta como historia de la lucha de clases, es decir de la usurpación continuada de los frutos del trabajo. Hay un marxismo mínimo del que honradamente no cabe apearse o ignorar: el que nos ayuda a desenmascarar el pecado del mundo.

También es imprescindible la verdad acerca de la primacía de la justicia (juicio final) como criterio para juzgar el presente: “tuve hambre, y me disteis de comer”. Frente a este horizonte, no cabe una aceptación pasiva del *statu quo*, porque equivaldría a un pacto con la injusticia; ni cabe un discurso “estabilizador”. Lo único honrado es exigir una conversión política que no se agote en proclamar que otro mundo es posible, sino que diseñe, inicie y urja su construcción. Frente a cualquier lógica que justifique la acumulación, ha de hacerse valer el primado del pobre, la exigencia de misericordia en favor suyo. Frente a la lógica y justicia del mercado, hay que hacer valer la primacía indemostrable de misericordia como principio fundamental de la convivencia humana. Otra ética, no la escolástica, es necesaria: la ética de la compasión, de la responsabilidad ante el otro. Frente a toda reedición de una neoescolástica barnizada de personalismo, urge un pensamiento y un discurso postidealista y profético... Porque más que un discurso de la Iglesia, lo necesario es un cambio en la praxis de los cristianos, cuyo nombre es política o caridad política.

Para concluir: “Dios ha destinado la tierra y cuanto ella contiene al uso de todos los hombres y de todos los pueblos, de modo que los bienes creados, en una forma equitativa, deben alcanzar a todos bajo la guía de la justicia y el acompañamiento de la caridad.” (GS, 69). El capítulo dedicado a la propiedad, al acceso al disfrute de los bienes de la tierra, es el complemento imprescindible al capítulo dedicado al trabajo, y forma una unidad con él. La frase inicial contiene una premisa teológica fundamental. El sujeto, el responsable, el garante, el promotor de todo cuanto se dice es Dios mismo. Estamos ante una descripción incontrovertible de la voluntad divina: que los bienes creados alcancen a todos. ... ¿A qué compromete un discurso así? ¿Qué valor da la propia Iglesia a su propio discurso sobre el trabajo o la propiedad? ¿Les concede el mismo rango y exigencias que aplica al resto de la dogmática?

LA PASCUA DE JESÚS, FUENTE DE NUESTRA COMUNIDAD EVANGELICA

Desde hace seis años la Fraternidad de Jesús viene compartiendo los días del triduo pascual con la comunidad parroquial de Ntra. Sra. de la Piedad de Perín de Cartagena acompañados por la presencia de hermanos y hermanas de la Comunitat de Jesús.

A continuación expresamos algunas de las notas distintivas que dan sentido profundo a la vivencia de la Pascua en esta experiencia y que pensamos que coinciden con la llamada a una celebración viva y auténtica que nos hace el Concilio Vaticano II.

La constitución conciliar «Sacrosanctum concilium»

Misterio pascual es una expresión y una categoría teológico-litúrgica que no se había usado en un documento magisterial de la Iglesia oficial hasta la llegada del Vaticano II. He aquí una de las paradojas sorprendentes con que nos encontramos en la historia y evolución de la teología, la liturgia y la espiritualidad. Lo que desde el Vaticano II se ha convertido en piedra angular de la reflexión litúrgica y del lenguaje celebrativo, se hallaba ausente de los grandes documentos papales, de los textos o manuales de teología y de los libros de piedad anteriores al Concilio. El término en cuanto tal tampoco aparece en el Nuevo Testamento (ni en el Antiguo).

En la constitución sobre la sagrada liturgia del Vaticano II, la expresión misterio pascual aparece ocho veces¹. Y no sólo eso. Se halla situada en los pasajes centrales de este documento capital del último concilio. Es una categoría que vertebrata toda la doctrina conciliar sobre lo que es la liturgia. En torno a ella gira la

¹ Documentos del Concilio Ecuménico Vaticano II. Constitución Sacrosanctum Concilium, sobre la sagrada liturgia, pág. 35. Ediciones Paulinas. 2Q edición. Madrid 1971

enseñanza de la *Sacrosanctum concilium* sobre la celebración de la Iglesia.

La *Sacrosanctum concilium* comienza su capítulo I partiendo de la cristología y afirmando que Cristo realizó la obra de redención «principalmente por el misterio pascual de su bienaventurada pasión, resurrección de entre los muertos y gloriosa ascensión» (SC 5). Por este misterio, «con su muerte destruyó nuestra muerte y con su resurrección restauró la vida» (prefacio de Pascua). Seguidamente se hace la aplicación de esta cristología a la sacramentalidad y a la liturgia: «Por el bautismo los hombres son injertados en el misterio pascual de Jesucristo: mueren con él, son sepultados con él y resucitan con él; reciben el espíritu de adopción de hijos, por el que clamamos: Abba, Padre, y se convierten así en los verdaderos adoradores que busca el Padre (Rom 6,4; Ef 2,6; Col 3,1; 2Tim 2,11). Asimismo cuantas veces comen la cena del Señor proclaman su muerte hasta que vuelva» (SC 6).

Misterio pascual y eucaristía. La Iglesia nunca ha dejado de reunirse para celebrar el misterio pascual celebrando la eucaristía. «La liturgia de los sacramentos y de los sacramentales hace que, en los fieles bien dispuestos, casi todos los actos de la vida sean santificados por la gracia divina que emana del misterio pascual de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, del cual todos los sacramentos y sacramentales reciben su fuerza» (SC 61)².

La Pascua de Jesús, centro y fuente de vida cristiana. El Tiempo Pascual comprende cincuenta días, vividos y celebrados como un solo día:

"Los cincuenta días que median entre el domingo de Resurrección hasta el domingo de Pentecostés se han de celebrar con alegría y júbilo, como si se tratara de un solo y único día festivo, como un gran domingo" (Normas sobre el calendario, n. 22).

² L. MALDONADO ARENAS, "El misterio Pascual en la celebración". <http://www.mercaba.org/CateQuetica>.

En estos cincuenta días celebramos el Paso de Cristo a su Nueva Vida. Es un misterio central. La obediencia al Padre, con la entrega de su vida en la Cruz, y la acción poderosa del Padre que, por su Espíritu, le resucita de entre los muertos. Cristo Jesús ha pasado en su Misterio Pascual a una nueva forma de existencia. Ha sido constituido "Señor" y primogénito de toda la creación. Ha entrado definitivamente en la esfera del Espíritu y vive para el Padre.

Y como este "Paso" (Pascua) lo ha dado como Cabeza de la nueva humanidad, se ha convertido en modelo y prototipo de lo que la Iglesia entera, la comunidad de sus creyentes, tiene que realizar. El es el Hermano Mayor, que ha recorrido el camino a la nueva Vida. El "príncipe de la Vida" (Pedro, en Act 3,15), el "jefe de fila" (Hebr), el "primogénito de entre los muertos" (1 Cor 15). A El debemos seguirle todos los cristianos.

Los cristianos desplegamos en la historia la Pascua de Jesús. Se puede decir que la Pascua no está terminada: se ha cumplido en nuestra Cabeza, Cristo; pero todavía tiene que cumplirse en nosotros. El Paso al Padre, ya la nueva existencia, continúa en nosotros³. La celebración de la Pascua supone dejarse resucitar a la nueva vida por el mismo Espíritu que resucitó a Cristo de entre los muertos.

La clave para entender la vida cristiana, en todos sus aspectos, es ésta: Cristo, por su Espíritu, está presente a nosotros. El ya no tiene, como Glorioso, límites de tiempo y de espacio.

La "presencia real de Cristo" es universal y va más allá de la presencia eucarística. Está presente en su Iglesia en todo momento, cuando se congrega para la oración o para los sacramentos, cuando celebra la Palabra de Dios, cuando predica y da testimonio, cuando se dedica al servicio de los hombres trabajando por la justicia y la promoción de los más necesitados. Todas esas presencias de Cristo son "reales". Su presencia no puede dejar de ser real, personal y salvadora.

³ I. ALDAZABAL, I; ROCA, La cincuentena pascual. Dossier nQ 4 CPL. Barcelona. 1986

En la Eucaristía, a esa presencia salvadora y real se añade el que Cristo "se da así mismo como alimento para ser comido", llevando su intercomunicación personal con los creyentes al máximo grado de intensidad y eficacia.

En realidad, se trata de una única presencia de Cristo, Glorioso y Resucitado. Que adquiere matices diferentes, según la celebración o el momento de su comunidad de creyentes.

Esta clave puede unificar todos los aspectos de nuestra vida. Cuando esta comunidad reza, lo hace con Cristo. Cuando celebra la Eucaristía, se asocia al Cristo Glorioso, que perpetúa en Sí mismo la actitud de entrega que tuvo en la Cruz. Cuando escucha la Palabra, escucha a Cristo, que "es" la Palabra viva y eterna del Padre. Cuando trabaja y se entrega a la misión y la instauración del Reino, prolonga y hace visible el amor de Cristo.

Una comunidad encuentra verdaderamente la razón de ser y el sentido de su existencia es en la presencia vital, personal, aunque invisible, de Cristo Resucitado, que por su Espíritu va comunicando su misión y los criterios de su vida.

La asamblea celebrante se reúne⁴.

La primera realidad litúrgica en el memorial de la Pascua de Jesús, por parte humana, es la asamblea. Es la primero que los creyentes realizan: se reúnen. Es lo primero que los no creyentes observan: que los cristianos acuden a una reunión. En la asamblea empieza ya a realizarse el misterio de la Iglesia y de la primicia de Cristo con su Espíritu.

Lo primero que hacemos: reunirnos con otros cristianos. Uno de los verbos más repetidos en los relatos comunitarios de las primeras generaciones es el de reunirse." Al día en que eligieron a Matías "el número de los reunidos era de unos viento veinte" (Hch1,15); el día de Pentecostés "estaban todos reunidos en un mismo lugar" (Hch 2,1); cuando Pedro fue liberado de la cárcel, acudió a una casa, "donde se hallaban reunidos en oración" (Hch 12,12); y al menos cada domingo se convocaba la

⁴ I. ALDAZABAL, Claves para la Eucaristía. Dossier nQ 17 CPL. Barcelona.1987

asamblea cristiana, como en el episodio de Tróade: "el primer día de la semana, estando nosotros reunidos para la fracción del pan ..." (Hch 20,7).

Hacia el año 150 hay un hermoso testimonio de cómo celebraban la Eucaristía las comunidades cristianas. Y, naturalmente, la primera realidad que aparece en el documento, es la reunión: "el día llamado del sol todos los nuestros, los que viven en las ciudades o en el campo, se reúnen en el mismo lugar". Es interesante la motivación que Hipólito de Roma, hacia el año 220, hace de esta reunión comunitaria: "nadie de vosotros se muestre perezoso en ir a la reunión de la comunidad, el lugar donde se enseña; todos sean solícitos en ir a la comunidad, lugar donde florece el Espíritu Santo (ire ad ecclesiam, locura ubi Spiritus Sanctus floret)" (Tradición Apostólica, c. 41).

La experiencia de vivir la Pascua con este sentido comunitario. Por eso, en la reforma que el Concilio promovió, no sólo se afirmó que la "participación plena, consciente y activa en las celebraciones litúrgicas la exige la naturaleza misma de la liturgia", y que "a ella tiene derecho y obligación, en virtud del bautismo, el pueblo cristiano, como pueblo sacerdotal" (Sac. Concilium 14); se decía también ya desde el primer momento que "las acciones litúrgicas no son acciones privadas, sino celebraciones de la Iglesia, que es sacramento de unidad, es decir, pueblo santo congregado y ordenado bajo la dirección de los obispos" (ibid. 26).

El papel de protagonista en la celebración, lo tiene la asamblea de los cristianos allí congregados. El sacerdote cumple la misión de representar a Cristo-Cabeza de esa comunidad. Pero cumple esa función desde dentro de la asamblea celebrante, no como ajeno a la misma. Es deficiente, por tanto, el lenguaje que antes empleábamos: el sacerdote como el "celebrante", y el pueblo, como "los asistentes", Ahora los mismos libros litúrgicos llaman "celebrante" al pueblo congregado, y no por ello disminuyen la importancia de los ministros que visibilizan, cuasi-sacramentalmente, la presencia de Cristo en la celebración.

La vida lleva a la Celebración y renueva la vida.

La Constitución apostólica sobre la Sagrada Liturgia del Concilio Vaticano II *Sacrosanctum Concilium* describe la liturgia como cumbre y fuente de la vida eclesial: "No obstante, la Liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza. Pues los trabajos apostólicos se ordenan a que, una vez hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, todos se reúnan para alabar a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor. Por su parte, la Liturgia misma impulsa a los fieles a que, saciados "con los sacramentos pascuales", sean "concordes en la piedad"; ruega a Dios que "conserven en su vida la que recibieron en la fe", y la renovación de la Alianza del Señor con los hombres en la Eucaristía enciende y arrastra a los fieles a la apremiante caridad de Cristo. Por tanto, de la Liturgia, sobre todo de la Eucaristía, mana hacia nosotros la gracia como de su fuente y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios, ala cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin".⁵

Con el concilio Vaticano II y la reforma litúrgica se han realizado cambios muy notables y se han redescubierto valores que habían quedado muy olvidados en los siglos anteriores, La lengua inteligible, la participación de los fieles, el sentimiento de comunidad, la mayor claridad de las partes de la celebración, la mayor captación de los signos y símbolos... Todo esto han sido cambios decisivos. Todo ello ha acercado la celebración eucarística a cada uno de los creyentes, Ya no es sólo un acto que el celebrante realiza y en el cual hay que creer, sino que es un acto que nos entra por los sentidos y a través del cual creemos.

Pero al mismo tiempo, esta mayor proximidad de la celebración ha puesto de relieve sus carencias y fallos. Las oraciones, los textos y las mismas lecturas tienen a menudo un

⁵ Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, pág. 35. Ediciones Paulinas. 2Q edición. Madrid 1971

lenguaje difícil y poco actual: hay un exceso de palabra y poco espacio para el silencio, para el signo gratuito, para la creación de un clima de plegaria; los signos que se hacen resultan muchas veces difíciles de captar y por tanto resultan poco significativos... Y, en un nivel más profundo, el tono más comunitario de nuestras celebraciones nos hace sentir las deficiencias de la comunidad cristiana y de cada uno de los que forman parte de ella: la débil fe, la vida cristiana poco comprometida, el escándalo de las diferencias económicas entre los que comparten la misma Eucaristía... Sería necesario tener en cuenta, pues, lo siguiente:

Hay que dar más calidad a nuestras celebraciones. No lo dudemos: pueden tener más de la que ahora tienen. Cada celebración y cada comunidad según su estilo y posibilidades, pero se puede y debe avanzar mucha.

Es necesario también dar más calidad a la vida cristiana: la de cada cristiano, y la de la comunidad entera. Porque la celebración de la Eucaristía es la fuente y la culminación de la vida cristiana, La Eucaristía es el momento en que la vida de fidelidad al Evangelio, que cada cristiano intenta llevar a cabo cada día se pone en contacto con la presencia sacramental de la plenitud de este Evangelio, Jesucristo. De manera que si la vida cristiana no es coherente, tampoco la participación en la Eucaristía lo será, Cuanto más auténtico sea cada cristiano en la vida y en el mundo al servicio del Evangelio, más intensa y valiosa podrá ser la celebración eucarística⁶.

Pero además de estas dos cosas, hay que tener en cuenta también otra muy importante. Y es que la celebración de la fe, la celebración de la Eucaristía, nunca podrá ser algo claro y diáfano. La celebración de la Eucaristía siempre nos obligara a un salto, al salto de la fe. Por ello, pues, al mismo tiempo que uno se preocupa para que los gestos y las palabras sean cada vez más claros, actuales y significativos, y se preocupa para que la comunidad que celebra viva de verdad su fe, ha de tener presente siempre la distancia que hay entre el sacramento, el signo, y lo

⁶ I. LLIGADAS, I; GOMIS, La misa dominical paso a paso. Dossier nQ 16 CPL. Barcelona. 1986

que el signo vehicula. El creyente ha de acercarse a la celebración dispuesto a sumergirse en el misterio,

La presencia de Dios toma cuerpo palpable en nuestra historia en Jesús de Nazaret. Ahora nos encontramos con El, ya en la Eucaristía, ya en la vida, cuando nos entregamos desinteresadamente a los hermanos, o a través de una presencia en forma de memoria. En el memorial eucarístico hacemos memoria de Jesús, de su vida, su muerte y su resurrección. Esto lo materializamos en los símbolos del pan y del vino que se nos entregan a nosotros como comida y comunión con la persona de Jesús"⁷.

Conclusiones

La celebración de la Pascua en este contexto sencillo y vinculado a la tradición de la iglesia es una expresión de que siguen apareciendo una vez más nuevos modos de orar y de celebrar, diferentes lenguajes para expresar de manera satisfactoria la experiencia espiritual como seguidores de Jesús en nuestro mundo actual⁸.

Lo primero que constatamos es la necesidad de celebrar, porque es el elemento de identidad de la comunidad cristiana y el modo de celebrar revela los valores que tiene. También constatamos la necesidad de personalizar las celebraciones y la pluralidad en la celebración que es un signo de riqueza,

Se expresa la necesidad y el interés para participar en la preparación de las celebraciones: cantos, oraciones, ambientación de la iglesia, lecturas. Este contexto nos invita a educarnos para celebrar y participar.

ENRIQUE GONZÁLEZ LORCA
Fraternidad de Jesús. Murcia

⁷ J. L. VÁZQUEZ BORAU, El evangelio de la amistad en Carlos de Foucauld. Pág. 92. Ed. DDB. Bilbao 2011

⁸ Nuevos Lenguajes. Revista "Tiempo de Hablar, Tiempo de Actuar" nQ 121 2Q Trim. 2010. Albacete 2010

Temas para los próximos números

El equipo de redacción del Boletín, recuperando una antigua tradición, irá publicando con antelación los números previstos para que puedan colaborar quienes lo deseen, ajustándose al tema y al formato del Boletín. Las colaboraciones pueden hacerse llegar a las siguientes direcciones: (vicariopastoral@diocesisalmeria.es) o (maikapicon@gmail.com).

La dirección del Boletín se reserva el derecho de publicar o no el artículo enviado así como de adaptarlo, con el visto bueno del interesado, al momento más oportuno y conveniente.

Año 2014 Enero – Marzo n. 180

MAESTROS DE VIDA. ESPERANZA DE UN NUEVO PENTECOSTÉS

[A los 50 años de la convocatoria del II Concilio del Vaticano.

IIª parte]

Año 2014 Enero – Marzo n. 181

BAJAR A LA OTRA ORILLA

Encuentro con el Islam. Visita a Marruecos

NOTA DE ADMINISTRACIÓN

El BOLETÍN se sufraga con los donativos de los suscriptores. Desde la administración hacemos una llamada a la generosidad.

En estos últimos años se está haciendo un gran esfuerzo en la edición digital que los interesados pueden consultar a unos meses de la edición papel. A éstos también hacemos una llamada a la colaboración económica.

La economía modesta del BOLETÍN es imprescindible para ofrecer este servicio de comunión de las diversas familias y para mantener vivo el carisma.

UN LIBRO... UN AMIGO



AUTOR: André Dupleix
TÍTULO: El Concilio Vaticano II
FECHA DE EDICIÓN: 2012
LUGAR: Madrid
EDIT: Ciudad Nueva. Colec. 15 días con
FORMATO: 128 páginas

Monseñor André Dupleix, sacerdote de la diócesis de Bayona (Francia), doctor en teología y rector honorario del Instituto Católico de Toulouse, nos invita a acercarnos al Vaticano II con una actitud de oración, para percibir en la diversidad de los escritos, la presencia y luz del Espíritu en este gran acontecimiento que despertó una nueva esperanza en la Iglesia.

Dupleix divide el libro en varias partes, hace un recorrido por las constituciones, decretos y declaraciones conciliares, así como los distintos mensajes dirigidos al mundo.

La primera parte son los fundamentos, que por su presencia en el mundo, la Iglesia, pueblo de Dios y comunión de fieles, transmite la Palabra revelada y celebra en la liturgia la resurrección de Cristo. La segunda son los signos de la Gracia, que en su diversidad de carismas, responsabilidades y opciones de vida, así como las tradiciones espirituales, atestiguan la riqueza de la gracia y el don que los fieles bautizados hacen de su persona por amor, desde el ministerio pastoral de los obispos, en el ministerio y vida de los presbíteros, la renovación de la vida religiosa, la responsabilidad de los fieles cristianos laicos y la diversidad de las Iglesias orientales católicas. La tercera parte va dirigida a los medios, la Iglesia, en su misión de evangelización, asume una responsabilidad educativa y formativa y procura los medios para una difusión universal del mensaje de Cristo, a través de los medios de comunicación social.

El autor cierra cada uno de los capítulos con distintos textos bíblicos y con una oración y así nos conduce a reflexionar y orar personalmente.

MARÍA DEL CARMEN PICÓN SALVADOR

Fraternidades del Hermano Carlos de Jesús en España

FRATERNIDAD SECULAR "CARLOS DE FOUCAULD"

Equipo responsable coordinado por: Pilar Ibanyez Cabanell Avda. Gaspar Aguilar, 23 -11ª
46007 Valencia. c.e: pilar-ibanyez@ono.com

FRATERNIDAD CARLOS DE FOUCAULD (Asociación de Fieles: laicas con celibato)

- Región Centro Sur: Carmina Fernández C/ Cervantes 5-5f 45600 Talavera de la Reina (Toledo).
- Región de Cataluña: Montserrat Miranda Pérez C/ Baldomer Solá 124, 3º, 2ª 08912 BADALONA (Barcelona). Tel. 934. 412360 y 626.151477.

FRATERNIDAD IESUS CARITAS (Instituto Secular Femenino)

Responsable: Eulalia Guarro i Vendrell. Avda. dels Tilers, 29
Tel. 938 605 352. 08530 LA GARRIGA (Barcelona) c.e: acortadella@hotmail.com

FRATERNIDAD SACERDOTAL "IESUS CARITAS"

Responsable: Leonardo Terrazas Roncal. Avda. de los Principes 13, 1º, A 06300 – Zafra (Badajoz) Tlf. 924.552240 y 634848114; c.e: leonardo-terrazas@hotmail.com

COMUNITAT DE JESÚS (Asociación privada de fieles) Responsable: Josep Calvet C/ Joan Blanques, 10. 08012 BARCELONA Tels. 932 134 110. c.e: secretaria@comunitatdejesus.net; calvet13@gmail.com

FRATERNIDADES DE BETANIA

Fraternidad General: Trafalgar, 70. 2º 1ª. 08010 BARCELONA Tel. 932 682 368.

HERMANITAS DE JESÚS

C/ Francisco Carter, 1, 2º, 3ª. 29011 MÁLAGA Tel. 952 288819.
c.e: htasjesus@diocesismalaga.es

HERMANOS DE JESÚS

C/ Puerto de Oncala, 7 -2º H. 29003 MALAGA
Tel. 952 359 010. c.e.: fjmuno@uma.es

HERMANITAS DEL SAGRADO CORAZÓN

Jacinto Benavente, 10- 7º, 3ª. 28026 HUMANES DE MADRID (Madrid)
Tel. 916 049 512. c.e: yolaine.beaugrand@yahoo.fr

HERMANOS DEL EVANGELIO

C/ Acapulco 2, 3º, 4ª. 04740 ROQUETAS DE MAR (Almería)
Tel. 950 178596. c.e: hermanosdelevangelio@carlosdefoucauld.es

UNIÓN-SODALICIÓN CARLOS DE FOUCAULD

(Para vivir el carisma en solitario) Información: Jordi Giró y Paris y esposa Pepa.
c.e: unionjordipepa@gmail.com

HERMANITAS DE NAZARET

Avda. Santa Rosa 21-23, bajo 2ª 08923 Santa Coloma de Gramenet (Barcelona)
Tel. 93 466 30 26 c.e: htas_nazaret@ono.com

SUMARIO

EDITORIAL

•El Concilio Vaticano II a 50 años vista. Manuel Pozo Oller. 5

DESDE LA PALABRA 7

•A vino nuevo, odres nuevos. Antonio Rodríguez Carmona. 9

•Oración. San Anselmo de Canterbury. 12

TESTIMONIOS Y EXPERIENCIAS 13

•Una gota de agua en la inmensidad del mar.
Fina Hernández. 15

•Una fraternidad episcopal nacida en el Concilio.
Rafael González Moralejo. 16

•Oriente-Occidente, un testimonio actual de vida eremítica.
Entrevista de Joan Figuerola a un monje ortodoxo. 19

IDEAS Y ORIENTACIONES 29

•Búsqueda de Dios en los avatares de la historia.
M. Pozo Oller. 31

•La Iglesia como pueblo de Dios en el Concilio Vaticano II.
Antonio Marco Pérez. 39

•“Creado a imagen de Dios” (LG): Santa es la criatura y la
creación porque Santo es el Creador. Toni Catalá sj. 45

•La doctrina del Vaticano II sobre el trabajo humano.
Antonio Murcía Santos. 51

•La Pascua de Jesús, fuente de nuestra comunidad
evangélica. Enrique González Lorca. 57

TEMA PARA EL PRÓXIMO NÚMERO 65

UN LIBRO ... UN AMIGO 66

IESUS  CÁRITAS